

CRISTIANDAD

Año XXXII - NUMERO 561-562

B A R C E L O N A

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 1977

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



SUMARIO

CRISTO REY DE LAS NACIONES

FUERA DE CRISTO «NO HAY CAMINO»
F.C.V.

SOBRE LA ACTUALIDAD DE LA FIESTA DE CRISTO REY
Ramón Orlandis, S. I.

LA PAZ DE CRISTO EN EL REINO DE CRISTO.
Frag. de la UBI ARCANO y los Profetas

LAS ESPERANZAS DE LA IGLESIA
José M.ª Alsina Roca

LA UNICA PAZ
José L. Ganuza Cortina

DE LA NECESIDAD DE LA RELIGION PARA LA CONSERVACION DEL ORDEN NATURAL
Ignacio Azcoaga Bengoechea

SI DIOS NO EXISTE... EL MAL ES OBLIGATORIO
José M.ª Petit Sullá

CREPUSCULO DE NUESTRA CULTURA
P. A. Sorokin

HERENCIA DE ENIGMAS PARA EL AÑO 1975
Manuel Aznar

LOS DERECHOS DEL HOMBRE SEGUN LA IGLESIA
Juan Manuel de Igartua, S. I.

EN DEFENSA DE LA VIRGINIDAD DE MARIA ANTE UNA AFIRMACION INTOLERABLE

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.ª - (10)
Teléfono 317 47 33
Director: Fernando Serrano Misas

CRISTO, REY DE LAS NACIONES

¿Por qué se agitan las naciones, y los pueblos meditan vaciedades?

Se ponen de acuerdo los reyes de la tierra y los príncipes conspiran a una, contra Yahveh y contra su Ungido; «Rompamos sus lazos y arrojemos de nosotros sus ataduras».

El que habita en los cielos se ríe, el Señor se burla de ellos.

Entonces les hablará en su enojo, y en su furor los conturbará.

«Yo he establecido a mi Rey sobre Sión mi monte santo».

«Haré público el decreto del Señor: Yahveh me ha dicho: Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado,

Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y como posesión tuya los confines de la tierra.

Los quebrantarás con vara de hierro, y como vaso de alfarero los desmenuzarás.»

Y ahora, reyes, entended:

Dejaos persuadir, todos los que juzgáis la tierra.

Servid a Yahveh con temor, y alegraos con temblor,

no sea que se aire, y perezcaís en el camino;

cuando de pronto se encienda su furor.

¡Bienaventurados los que a El se acogen!

Salmo 2.º

DIOS GUERRERO, PRINCIPE DE LA PAZ

*El pueblo que andaba entre tinieblas vio una gran luz, a los que caminaban
por tierra de sombras, les brilló la luz,*

*Acrecentaste la alegría, aumentaste el gozo: se gozan en tu presencia,
como gozan al segar, como se alegran al repartirse el botín.*

*Porque la vara del opresor, el yugo de su carga, el bastón de su hombro,
los quebrastes como en el día de Madiran;*

*Porque la bota que pisa con estrépito, y la túnica ensangrentada
serán pasto del fuego.*

*Porque nos ha nacido un Niño, y se nos ha dado un Hijo; lleva sobre su
hombro el principado, y es su nombre.*

Consejero admirable, Dios guerrero, Padre perpetuamente, Principe de la Paz.

*Para dilatar el principado, con una paz sin fin, sobre el trono de David
y sobre su reino.*

*Para sostenerlo y consolidarlo en la justicia y el derecho desde
ahora y para siempre.*

El celo del Señor obrará esto.

Fuera de Cristo, «no hay camino»

Aquel gran Papa que fue Pío XI —con una grandeza y seriedad que le han dejado fuera del alcance de las ponderaciones habituales— hablando, después de la primera guerra europea, de los problemas del mundo, que iban a ser insolubles para la Sociedad de las Naciones, afirmaba que la causa más profunda de los males de nuestro tiempo no es otra que *el abandono de Dios*.

Esta causa radical «debía haber desaparecido —dice Pío XI— por la misma espantosa grandeza del conflicto, si los hombres *hubieran entendido* la significación de los grandes acontecimientos».

Hombres que se tienen a sí mismos por conscientes de las aspiraciones y necesidades del mundo contemporáneo, que se presentan a los pueblos como preparados, expertos e informados, se han hecho incapaces de entender el sentido de los acontecimientos.

La razón de esto es que en nuestro mundo occidental, en nuestra antigua Cristiandad hoy secularizada y apartada de Cristo, la exclusión de toda referencia de las realidades colectivas a la fe cristiana ha venido a ser como una convención indiscutida.

Durante siglos la invocación de la Santa Trinidad presidía los tratados de paz en nuestro mundo. Hoy, mientras judíos y árabes hablan entre sí de la paz de Abraham, nosotros, los descendientes de la cristiandad occidental, afectamos en nuestro lenguaje público no saber nada de Abraham, ni de Moisés ni de Cristo.

Hay en esto un «misterio de iniquidad», de mayor gravedad todavía que la vanidad de la sabiduría antigua de los «gentiles», a quienes el Apóstol Pablo condenaba por haberse negado a adorar a Dios manifiesto a su mente a través del mundo creado.

Porque la cultura y la política occidentales, para mantener apartada la interpretación cristiana del mundo y de la vida, se ha visto en la necesidad de profesar sucesivamente fideísmos irracionales, pretendidamente racionalistas, y los ha convertido en «teologías políticas», al servicio de cuyos ídolos ha tenido que sacrificar día tras día los datos de la experiencia y la felicidad de los hombres, destruida al servicio de una «humanidad» progresiva o de una futura «sociedad justa».

El optimismo progresista del liberalismo parlamentario tenía en la primera mitad del siglo XIX la certeza de que se evitaría, por el gobierno de una oligarquía culta, el obscurantismo del antiguo régimen y el temido peligro de la democracia. Esta visión fracasó en 1848; pero siguió siendo profesada en formas nuevas en los tiempos del segundo imperio, durante la era victoriana, y en la tercera república francesa.

Evidentemente llegó a pensarse con el tiempo que la democracia era a su vez el remedio contra el socialismo, que entonces los liberales, ya demócratas, consideraban todavía como una tremenda catástrofe. Hoy se piensa que el socialismo o el «compromiso histórico» con el comunismo nos han de salvar del comunismo.

Los sistemas políticos y económicos posteriores al siglo XVIII han quedado siempre inmersos en este dinamismo de los mitos sobre el curso de la historia. Actualmente la mitología creada por Comte o por Marx rige las mentes de intelectuales, políticos y economistas, y por ellas aceptan como constructivo lo que ayer consideraron detestable; o se ven obligados a afectar comprensión por los ataques de los movimientos que quieren desintegrar sus construcciones, a condición de que éstos se orienten en la obligada radicalidad antitradicional en que consiste el supremo imperativo.

¿Qué economista liberal, socialista democrático, o marxista, toleraría en otro caso las críticas contra el desarrollo económico o el progreso técnico tan frecuentes hoy día, si no fuese porque éstas provienen de «ecologistas» y «naturistas» y se plantean desde la izquierda?

Para no aceptar algo verificable: la imposibilidad de un régimen social ordenado y justo, a la vez emancipado y rebelde frente a la ley natural y divina, sociólogos empíricos manipulan cada día los datos y se ciegan ante la evidencia. La resistencia a la fe que viene de Dios les lleva a aquellos fideísmos irracionales, a la insensibilidad ante los mismos hechos, y a la incapacidad para un lenguaje verdadero sobre la realidad.

En un mundo en que miles de cabezas atómicas apuntan sobre las grandes ciudades no hay solución diplomática ni política que pueda librarnos del equilibrio del terror y de la guerra. Se dice que por primera vez «la solidaridad es necesaria para la sobrevivencia», pero no se quieren preguntar sobre quién pueda poner el cascabel al gato en esto de la solidaridad entre los hombres, después de haber despreciado, con la fe cristiana, el amor que viene de Dios.

No hay en este mundo soluciones económicas para los problemas económicos; nadie quiere pensar en lo que pueda ocurrir el día que todo el mundo esté industrializado. No hay soluciones pedagógicas para los problemas pedagógicos, y es difícil acercarse realmente a las cuestiones de la delincuencia juvenil, del suicidio de los adolescentes, de la difusión de las drogas.

Los pueblos desarrollados afectan preocuparse por la explosión demográfica, pero el resultado más tangible es la disminución de la población en los países de mayor bienestar y riqueza, y el progresivo envejecimiento de una sociedad totalmente centrada en el mito de las generaciones jóvenes.

Nadie puede pensar seriamente en lo que pueda ocurrir en una sociedad, a la que estamos llegando aceleradamente, en la que la abolición de la pena de muerte «penal» vaya acompañada con la legalidad del aborto y de la eutanasia. El mito de la juventud, del poder y de la eficacia social, al que se inmolan ya los que no llegan a nacer, puede pronto

exigir nuevos holocaustos entre los todavía hoy adulados minusválidos o entre la tercera edad.

Los que hoy votan por la anticoncepción y el aborto, quizá verán a otros, tal vez sus propios hijos, votar la eutanasia y aplicársela. Todo, evidentemente, en nombre del concepto hoy vigente de los «derechos humanos».

En esta monstruosa idolatría, fragmentos de verdad o verdades fragmentarias, tendenciosamente amputadas de un contexto íntegro y ordenado, impiden cada día el ejercicio de la autoridad en el Estado, en la empresa, en la escuela y en la familia, y esto en nombre de una concepción antropocéntrica y antiteísta, y formalmente anticristiana, de los «derechos humanos»: en nombre de ellos va siendo aplastada en muchos lugares toda libertad personal y todo diálogo humano, mientras se invoca la libertad y el diálogo como arma contra la verdad y contra el orden natural puesto por Dios en las relaciones entre los hombres.

La tragedia de nuestra sociedad pone de manifiesto como nunca el misterio de la relación entre la naturaleza humana caída y desintegrada por el pecado y la gracia redentora merecida por Cristo. El don divinizado que es la gracia es ofrecido para comunicarse a la naturaleza, incluso caída, pero por lo mismo la naturaleza sólo en la gracia puede obtener, con la elevación misma al orden sobrenatural, también la restauración y sanación de sus propias heridas en el orden natural.

La apostasía anticristiana ha desintegrado la humanidad pecadora de un modo más íntimo y profundo que la soberbia gentil. Para negar a Cristo en nombre de la autosuficiencia humana, el hombre occidental ha sido llevado a actitudes inhumanas y antihumanas en lo práctico, y a la concepción teórica de doctrinas sobre el hombre en las que se niega o se deja sin fundamento la dignidad personal del individuo humano.

«No hay camino», ciertamente, sino en Cristo; «no se ha dado otro nombre bajo el cielo a los hombres en el que podamos ser salvos». La situación del mundo contemporáneo fue contemplada por el P. Ramón Orlandis, en la perspectiva de una teología de la historia nutrida en el espíritu y en el magisterio de la Iglesia, y elaborada a partir de la doctrina y espiritualidad del P. Enrique Ramière, como una encrucijada decisiva.

Aquel principio que afirmó San Agustín, según el cual Dios sólo permite el mal en orden a la consecución providencial de mayores bienes, ilumina este misterio: que pueda afirmarse hoy que la idea de Cristo Rey se presenta como psicológica y sociológicamente adecuada a las necesidades *urgentes* del mundo contemporáneo. «En el seno del mundo moderno ha logrado su madurez (la idea de Cristo Rey), su perfecto desarrollo y en su seno la lleva el mundo, y así, por más que se aturba y por más coces que tire contra el aguijón, no podrá jamás librarse de las angustias de su conciencia social, cuyo imperativo cristiano pesa sobre él como una losa. Y cuantas más soluciones busca para sus problemas de vida o muerte fuera de las que le ofrece Cristo Rey más sentirá angustias de agonía, más desesperantes serán sus desengaños».

F. C. V.

SOBRE LA ACTUALIDAD DE LA FIESTA DE CRISTO REY

RAMÓN ORLANDIS, S. I. («Cristiandad», n.º 39, 1.º-XI-1945)

Fue el día 11 de diciembre de 1925, en los últimos momentos del Año Santo, cuando por su Encíclica *Quas primas* el Romano Pontífice Pío XI promulgó la institución de la nueva festividad litúrgica de *Cristo Rey*. Testimonio es ella bien fehaciente de la convicción profunda que inducía al Papa a tomar tal determinación. Esta convicción de la importancia y de la actualidad del acto, se deja bien entrever en el recuerdo de los antecedentes que lo han ido preparando y con que se abre la Encíclica.

Mas no sólo en aquel pasaje, sino en todo el documento, desde el principio hasta el fin, son tan graves y sentidas las palabras de Pío XI, que bien se deja conocer que su intento es no transmitir solamente al pueblo cristiano su juicio maduro y fundamentado sobre la legitimidad y la conveniencia de la institución, sino la emoción que en aquel momento embarga su ánimo paternal y el anhelo vivísimo que siente de ser atendido, comprendido y secundado.

Porque, ¿qué es la Encíclica *Quas primas* sino un eco profundo de aquella otra Encíclica *Ubi arcano*, en donde el mismo Pío XI dio a conocer al pueblo cristiano y al universo entero el ideal de su pontificado, cifrándolo en aquella fórmula de tanta amplitud y profundidad: «*La paz de Cristo en el Reino de Cristo*»?

En aquella primera Encíclica, magistral por su doctrina, ¿cómo se trasluce en todos los párrafos la angustia paternal del corazón del Vicario de Cristo, al ver al mundo confiado a su tutela cerrar los ojos a la luz a riesgo de irse despeñando cada vez más en la ruina! El Papa alza su voz y no cesa de clamar al mundo descarriado que vuelva los ojos a la luz, que sólo acogiéndose al imperio salvador de Jesucristo podrá hallar la vida, la salud, la paz. La Encíclica *Ubi arcano*, es ciertamente un toque de alarma, pero más que un toque de alarma es un gemido de un corazón de padre, que debiera herir y despertar el corazón de los dormidos.

Transcurridos ya tres años, ¿había despertado el mundo? Un nuevo gemido que exhala el corazón del Vicario de Cristo, un nuevo clamor eco del primero, un nuevo toque al corazón: esto es la Encíclica *Quas primas*. Una nueva proposición magistral de la doctrina del Reino de Cristo, una industria excogitada por el amor paternal: para que la doctrina salvadora penetre en los entendimientos y en los corazones; éste es el contenido de la Encíclica.

El pensamiento del Papa

Se puede encerrar el pensamiento del Papa en unas pocas proposiciones, cuales son las que se siguen:

1.º Sólo en el Reinado de Cristo puede haber paz verdadera y estable. En él sí, fuera de él, no. Y la paz que se promete no es sólo, la espiritual de las almas, sino la social y la internacional (*Ubi arcano, Quas primas*).

2.º El Reinado que trae consigo las promesas es el aceptado libremente por los hombres: no el Reinado de mero hecho, ni el Reinado del mero poder (*Passim*).

3.º Por consiguiente entonces reina Cristo en la sociedad, cuando constituida ésta rectamente, la Iglesia, cumpliendo el divino encargo, defiende y tutele los derechos de Dios, ora sobre los hombres en particular, ora sobre la sociedad entera (*Ubi arcano*).

4.º La realización de este ideal, no tan sólo se ha de desear y procurar, sino también se ha de esperar, en cuanto correspondamos al plan divino (*Ubi arcano, Quas primas, Miserentissimus Redemptor*).

La peste de nuestro tiempo

Cuantas veces habla S. S. Pío XI de la realeza de Cristo, dirige su palabra al mundo actual, al mundo en que nosotros vivimos. No trata del asunto en forma abstracta, en una forma en que cualquier Papa de cualquier siglo hubiera podido hablar al mundo de aquel entonces. Habla para instruir, y persuadir y gobernar a los hombres actuales, y es la suya una verdadera porfía para hacerles comprender la actualidad del tema, para convencerles del interés que tiene aquello de que les habla para el mundo, en que nosotros vivimos y nos movemos. Los males de nuestro mundo son gravísimos. Sólo la aceptación voluntaria del *Reinado*

de Cristo puede remediarlos. Por esto es tan necesario que el mundo inficionado por la peste de los errores contrarios a la soberanía de Cristo, sea instruido, según su capacidad, en la doctrina salvadora, que sepa en qué consiste la soberanía de Cristo, su justicia y su valor.

¿Cuál es esta peste que infecciona las almas? No es otra que el *Laicismo*. Las palabras de Pío XI son terminantes:

«Al prescribir al mundo católico, que dé culto a Jesucristo Rey, tenemos en cuenta las necesidades actuales y aplicamos el remedio principal a la peste que ha inficionado la sociedad humana. Calificamos de peste de nuestros tiempos al llamado *Laicismo*, a sus errores, a sus intentos malvados. No llegó, sabida cosa es, a la madurez en sólo un día. Tiempo hacía que estaba latente en la entraña de las naciones. Comenzó por negar la soberanía de Cristo sobre todas las gentes. Negóse a la Iglesia el derecho, que es consecuencia del derecho de Cristo, de enseñar al linaje humano, de dar leyes, de regir a los pueblos, en orden —claro es— a la bienaventuranza eterna. Luego paso tras paso se equiparó a la Iglesia de Cristo con las falsas, poniéndola ignominiosamente al nivel de ellas. Después se la sujetó al poder civil y poco faltó para que se la entregara al arbitrio de soberanos y gobernantes. Más lejos fueron aquellos que pensaron en sustituir la religión divina por una cierta religión natural, por un cierto sentimiento natural. Ni tampoco faltaron naciones que juzgaron poderse pasar sin Dios y hacer religión de la impiedad y del menosprecio de Dios» (*Quas primas*).

Esta caracterización del malhadado *Laicismo* peste de nuestra sociedad descubre su próximo parentesco con el liberalismo tantas veces anatematizado, y convence de que o es el mismísimo liberalismo, ni más ni menos, o es el liberalismo llegado a su mayor edad.

¿De esta apostasía social, de esta separación de Jesucristo, qué consecuencias se siguen para la sociedad? S. S. nos lo recuerda a renglón seguido: «Los acerbísimos frutos, tan frecuentes y duraderos, que este alejarse de Cristo individuos y naciones, ha producido, los lamentamos ya en la Encíclica *Ubi arcano* y de nuevo los lamentamos hoy.» Para no alargarnos más, hagamos notar solamente el último de sus amargos frutos que enumera Pío XI: «La humana sociedad trastornada y llevada a la destrucción.»

Así, la negación de la realeza de Cristo es peste, ruina, muerte; el acatamiento de la realeza de Cristo es vida, salud, prosperidad. «Si un día reconocieran los hombres, en su vida privada y pública, la regia potestad de Cristo, no es posible imaginar los bienes, que forzosamente penetrarían todas las partes de la sociedad civil; la justa libertad, la disciplina y la tranquilidad, la concordia y la paz.»

Quien lea estos fragmentos copiados y más quien considere no a la ligera ni con prejuicios los documentos citados en su integridad, notará que las palabras del Papa no suenan a formulismos vacíos, sino a íntima persuasión; que no son meras palabras, sino espíritu y vida, y el espíritu y la vida necesitan comunicarse. De aquí la constancia de Pío XI en buscar maneras de comunicar, su persuasión, su espíritu, su vida al pueblo cristiano y al mundo entero.

Táctica del Pontífice

La táctica de Pío XI es de insistencia, es la de hacer conocer la doctrina del Reino de Cristo a todos los cristianos y a todos los hombres, según la capacidad de cada uno. Para este fin propone esta doctrina y la recuerda en luminosos documentos y pondera su valor y su interés vital. Y encarga a los jerarcas de la Iglesia que transmitan sus enseñanzas a los fieles, acomodándolas a su inteligencia.

Para este fin instituye la solemnidad litúrgica anual de Cristo Rey y hace que se celebre en un día y un tiempo del año que haga resaltar su importancia, y la razón que da es práctica y fundada en el conocimiento de los hombres. Las fiestas anuales hacen entrar por los ojos de los fieles la verdad que en sí encierran; ellas hablan no sólo a la inteligencia sino al hombre entero, y con esto la doctrina divina se embebe en el alma de los fieles, y por decirlo así, se convierte en su carne y en su sangre.

Por donde se ve que la actualidad de la nueva festividad procede de la actualidad de la idea que en ella se incluye y se asocia, de la actualidad de la idea de la realeza de Cristo.

Desarrollo de la idea

Pío XI tiene fe, fe viva e incommovible en la idea de Cristo Rey; para Pío XI la idea de Cristo Rey, del Reino de Cristo, es una de aquellas ideas-fuerza que se abren camino, vencen y avasallan; difúndase esta poderosa idea y ella conquistará al mundo, lo salvará de la ruina y le comunicará la paz verdadera, la paz de Cristo.

Mas, ¿de dónde viene a la idea de Cristo Rey este poder de victoria? ¿es algo nativo en ella o le sobreviene de fuera, de la libre disposición de Dios? ¿tuvo ya en todos los tiempos, en todas las circunstancias o requiere para su ejercicio la coyuntura actual?

La idea de Cristo Rey no es algo nuevo en la Iglesia; no es una nueva emergencia en la conciencia cristiana; su abolengo es tan antiguo cuanto lo es el cristianismo; tiene expresión vigorosa en las páginas del Nuevo Testamento; se encuadra como fórmula dogmática en el símbolo eclesiástico; se reza y se canta en la liturgia. ¿Por qué los Papas de entonces no atribuyen como Pío XI a esta idea una virtualidad especial? ¿podríamos imaginarnos un Papa por ejemplo de la Edad Media, instituyendo la solemnidad anual de Cristo Rey por una Encíclica «Quas primas» y esperando de la difusión y conocimiento de la idea la salvación del mundo? ¿hubiera cristianizado más al mundo la idea del Reino de Cristo, que la idea de la Cruz?

Exponemos con alguna extensión la dificultad precedente, no tan sólo porque prepara la genuina explicación de la virtualidad de la idea de Cristo Rey, sino también porque no faltan panegiristas y aun tratadistas de la Realeza de Cristo que la declaran y enaltecen poco más o menos como lo hicieron en la Edad Media, salvo el estilo moderno y que apenas tienen en cuenta la particularísima, aunque circunstancial afinidad, que el mundo actual tiene con ella.

La Realeza de Cristo es en verdad inmutable. La autoridad del Rey eterno no admite ni crecimientos ni vicisitudes; podrá sí ser reconocida por un número mayor o menor de súbditos; podrá ser acatada con mayor o menor perfección; mas los derechos de jurisdicción de nuestro Rey han sido, son y serán en todos los tiempos los mismos.

Despréndese de aquí que el significado, el contenido de la idea «Cristo Rey, Reino de Cristo» y por ende el de la fórmula verbal que la expresa es, ha sido y será siempre el mismo. No era diversa la Realeza de Cristo, que veneraban y acataban los fieles de los tiempos antiguos, los de la Edad Media y nuestros contemporáneos.

Mas el contenido de una idea, de una fórmula verbal, sin variar en sí mismo, puede ser conocido con más o menos claridad, con más o menos precisión, con más o menos determinación. Y si esto sucede a menudo con ideas y palabras de índole natural, no menos acontece con las ideas y fórmulas que contienen verdades reveladas. Y en esto precisamente consiste el desenvolvimiento legítimo y ortodoxo de las ideas reveladas y de las fórmulas en que se expresan. Tal ha sucedido y sucede por ejemplo con la idea del Cuerpo Místico de Jesucristo. Tal ha sucedido también con la idea de Cristo Rey, del Reinado de Jesucristo.

Al escribir estas líneas tengo ante mis ojos un libro inédito escrito por un autor del siglo XVII, eminente y genial. En él estudia de propósito y con no escasa erudición los problemas concernientes a la materia que tratamos. Pero, ¡cuán inferior queda aquel tratado, si se coteja con el cuerpo de doctrina que suponen y resumen en sus Encíclicas los actuales Pontífices!

El desarrollo de las ideas, aquella descomposición mental que las particulariza y define procede naturalmente del cotejo con otras ideas, de la combinación con ideas afines, etc. Pero lo más frecuente y normal será siempre que el desenvolvimiento de una de estas ideas pletóricas de sentido, cual es la del Reino de Cristo, no llegue a su plenitud, si no es al rozar con ideas afines, más aún, al chocar con ideas contrarias. Sólo cuando pueblos y gobiernos, práctica y teóricamente, directa y expresamente, rechazaron y negaron la soberanía de Cristo, ésta apareció fulgurante, fecunda y necesaria, en toda su plenitud y en toda su precisión, en sí misma y en sus relaciones. Ha sido necesario que llegaran los tiempos en que, como dice el mismo Pío XI en la Encíclica «Miserentissimus Redemptor», pueblo y gobernantes han clamado «no queremos que Este, que Cristo reine sobre nosotros»; para que los fieles súbditos de Cristo a conciencia, dándose perfecta cuenta de su acto, respondieran con aquel otro clamor «es necesario que Este, que Cristo reine, venga a nos el tu Reino».

Según este proceso, por el desenvolvimiento de la idea general, pero fecundísima, del Reino de Cristo, se ha formado todo un cuerpo de doctrina religioso-político-social, en el cual a todos los problemas fundamentales de la vida pública —no de los de pormenor, ni de los de índole técnica— se da solución, la única solución, la solución cristiana.

Actualidad psicológica de la idea

Con esto puede ya rastrearse de qué manera la idea de Cristo Rey ha llegado a ser en nuestros días la idea-fuerza destinada a salvar el mundo moderno.

En el seno del mundo moderno ha logrado su madurez, su perfecto desarrollo y en su seno la lleva el mundo, y así, por más que se aturda y por más coces que tire contra el aguijón, no podrá jamás librarse de las angustias de su conciencia social, cuyo imperativo cristiano pesa sobre él como una losa. Y cuantas más

soluciones busque para sus problemas de vida o muerte fuera de la que le ofrece Cristo Rey más sentirá angustias de agonía, más desesperantes serán sus desengaños.

Jesucristo, Rey de reyes y Señor de los que dominan, ofrece al mundo, desplegándola a la vista de todos, la carta magna de su soberanía de amor, de su caridad, de su amor de caridad por cuya falta la sociedad agoniza; y no es verdad que el hombre moderno no pueda entender tal programa, que la doctrina religioso-político-social, que se basa en la soberanía de Cristo sobrepuje la capacidad intelectual del hombre de nuestro tiempo; tan lejos nos parece esta de la verdad que a nuestro humilde entender jamás en ninguna época del mundo han estado los hombres en su generalidad tan preparados como hoy en día para entender la doctrina religioso-político-social, programa del Reino de Cristo.

Verdad es que la ignorancia religiosa es en muchísimos casos poco menos que absoluta; que el más vil materialismo embota muchísimas inteligencias y las ciega para que no puedan ver más allá de la materia; es verdad que el más absurdo escepticismo anula en muchas personas el vigor intelectual y perturba la orientación del pensamiento; es verdad que la frivolidad *dilettante* desdeña a conciencia el esfuerzo serio, necesario al bien pensar. Confesamos que tales extravíos mentales dificultan enormemente la inteligencia de la doctrina salvadora.

Pero también es verdad que hoy aun en el vulgo que llamamos bajo suele haber un grado de instrucción, no religiosa por desgracia, muy superior al que en ningún otro tiempo ha habido. Y esto especialmente es verdad en materias político-sociales. La lectura tan difundida aún en las clases inferiores, el interés de la política y la mayor o menor participación en ella; la actuación personal en la defensa de los intereses de clase, etc., suministran a la muchedumbre una notable cantidad de ideas, confusas en su mayor parte, absurdas en muchos casos, en casi todos desvencijadas, sin trabazón ni consistencia; mas a pesar de tanta pobreza la materia no les es desconocida, los tecnicismos les dicen algo, la misma presunción vanidosa les aficiona a instruirse más. ¿Por qué motivo no atenderán al apóstol que les declare la salvadora y sugestiva doctrina del Reino de Cristo con tal que les hable con fe y convicción y acomodándose a su capacidad como encarga S. S.?

Si el apóstol que les habla sabe presentar la doctrina que transmite como la carta magna de Cristo Rey, que vive en el cielo y gobierna y quiere gobernar a los hombres para darles la felicidad verdadera y para unirlos en la paz, en la justicia, en el amor, ¿no se sentirán atraídos hacia tal Rey y por ende hacia su doctrina?

¿Por qué no hemos de tener la fe de Pedro, la confianza de Pedro, los que oímos de labios de Pedro el encomio de la doctrina del Reino, su eficacia salvadora, su actuación vital?

Contemplan pobres y ricos, nobles y plebeyos, sabios e ignorantes, a Cristo presente en su Reino, viviente en su Iglesia, *hermoso y gracioso*, como dice San Ignacio, entre los hijos de los hombres, y no les arredrará su verdadera doctrina, antes bien les atraerá. Contemplan a Cristo presente en su Iglesia, no con aquella presencia corporal y visible que soñaron los milenarios, pero sí con la presencia de gobierno, con la presencia de providencia amorosa, con la presencia de Cabeza mística que influye en sus miembros, en los que acatan y aman su soberanía, su vida, su verdad, su amor.

Un pensador no católico, Berdiaeff, en su conocido libro «Una nueva Edad Media», entrevé los primeros tenuísimos fulgores de un día que ya amanece. Este día no es para él sino un tiempo nuevo en el cual el género humano acatará amorosamente el Reinado de Jesucristo. Es una nueva Edad Media enmendada a gusto del pensador, una Edad Media liberada de la ambición y del predominio temporal de los Pontífices Romanos; lástima de la obcecación sectaria en una vista tan perspicaz como la de Berdiaeff.

Otra diferencia se nos antoja a nosotros, diferencia más sutil, sólo al espíritu perceptible. En la Edad Media, ya pretérita, miraban los hombres en el Papa, y con razón porque lo es, al Vicario de Jesucristo; mas sucedió no pocas veces que su vista se fijaba en demasía en el Vicario, queremos decir en el hombre, y con esto se olvidaban de Jesucristo y así se sublevaban contra la supremacía del Papa, porque su orgullo les hacía ver en él a un soberano temporal que pretendía dominarles.

En la idea del Reino de Cristo nos parece ver invertidos los términos. En el primer término se nos presenta Jesucristo viviente en su Iglesia, viviente en su representante en la tierra. Si así llegara a mirarse por todo el mundo al Vicario de Jesucristo, se le vería siempre sobrenaturalizado, más aún divinizado.

Esta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice. Esta vida sobrenatural es la que trae consigo el Reinado de Jesucristo; ésta es la que implora sin darse cuenta la indigencia de nuestro tiempo, ésta es la que reclama el alma de nuestra sociedad.

El Reinado de Jesucristo, la idea de Cristo Rey es de actualidad vital para el alma del género humano, es una *actualidad psicológica*.

Actualidad providencial

La esperanza de que el mundo quiera aceptar el Reinado de Jesucristo fundada en su actualidad psicológica, no tenemos porqué negarlo, deja al espíritu en zozobra. Tantas veces ve el hombre lo que le conviene, lo aprecia en lo que vale, se siente atraído por ello, mas en último término lo rechaza. ¿No será también de temer la misma inconsecuencia de nuestra sociedad, cuando se enfrente con su remedio y su bien? Mas he aquí que viene en nuestro socorro a corroborar las esperanzas un nuevo elemento de fe. ¡La Providencia divina! ¡las promesas de Paray le Monial! ¡Reinaré a pesar de mis enemigos! Estas palabras resonaban de continuo en el oído de Santa Margarita. ¿Cómo las entendía la santa? No lo sabemos de cierto. Algo nos dice de ello aquella promesa de Jesús en una de las grandes revelaciones: allí habla con más claridad ¡allí anuncia que su designio no es otro que la ruina del imperio de Satanás y la implantación en las almas del imperio de su amor.

Tal vez los primeros devotos del Corazón de Jesús no atendieron lo bastante a estas significativas palabras. Extendióse, muerta la santa, la devoción al Divino Corazón pedida en las revelaciones, pero la idea del Reino más bien parece esfumarse. Mas llegado a su mitad el siglo XIX, al choque de la antítesis impía y liberal, la idea del Reino de Cristo cobra vigencia, claridad y precisión.

Y a la luz de esta idea comienzan a interpretarse aquellas misteriosas palabras: «Reinaré a pesar de mis enemigos.» Y se inicia la corriente, que es cada día más crecida, de consagraciones al Corazón de Jesús. En ella se unen indisolublemente la devoción al Corazón de Jesús y la devoción a Cristo Rey. Y de esta unión indisoluble brotan dos fórmulas ya usuales: *por la devoción al Corazón de Jesús al Reinado social de Cristo*; y aquella otra en que parecen ya identificarse las dos devociones: *el Reinado del Corazón de Jesús*. Y esta devoción y esperanza de los fieles estriba principalmente en las promesas de Paray.

Y son los Papas mismos, Vicarios de Jesucristo en la tierra, los que también parecen dejars arrastrar por la corriente de devoción y esperanza; los que alientan ahincadamente las esperanzas de los devotos del Corazón de Jesús y en sus públicos documentos manifiestan paladinamente su esperanza y no dudan en apoyarla abiertamente en las revelaciones de Paray. Y el Pontífice León XIII en su Encíclica «Annum Sacrum» señala en las apariciones del Corazón de Jesús una nueva época, la del Reinado de Jesucristo. Y S. S. Pío XI declara en su Encíclica «Miserentissimus Redemptor» que al instituir la fiesta de Cristo Rey se propuso dar complemento a lo que iniciaron los fieles en sus actos de consagración al Corazón de Jesús y afirma solemnemente que la celebración de la fiesta es, sí, una proclamación de la Realeza de Cristo, pero además es un anticipo de aquel día venturoso en que el universo entero espontánea y libremente prestará su obediencia al Reinado suavísimo de Jesús.

Y al terminar el artículo no podemos dejar en olvido al Pontífice reinante, que ya en su primera Encíclica hizo suyos expresamente los actos y las esperanzas de sus predecesores, de que acabamos de hablar.

DEBER RELIGIOSO DE LA SOCIEDAD

«Puesto que la libertad religiosa que es exigida por los hombres en el cumplimiento de su deber de dar culto a Dios, se refiere a su inmunidad de coerción en la sociedad civil, deja íntegra la doctrina tradicional católica sobre el deber moral de los hombres y de las sociedades hacia la religión verdadera y la única Iglesia de Cristo.»

Concilio Vaticano II. (Declaración sobre la Libertad religiosa)

La paz de Cristo, en el reino de Cristo

La paz en el mundo de hoy, la paz social, política e internacional, es sin Cristo una aspiración utópica e inasequible. «No hay paz de Cristo sino en el Reino de Cristo y nada podemos hacer más eficaz para procurar la paz que trabajar por la instauración de todas las cosas en Cristo.»

La ligereza y el aturdimiento son formas de resistencia a la gracia. Hombres que se tienen por prácticos y conocedores del mundo, se ven obligados cada día a disimular sus equivocaciones y a distraerse de la realidad para ensayar cada día nuevas fórmulas inútiles.

El presente número de esta revista quiere reiterar el llamamiento a la esperanza cristiana y a la seriedad, condición de orden natural inseparable de la misma, que no permita que dispersemos nuestra atención de la realidad de las cosas.

La lectura del documento pontificio que anunció al mundo el mensaje de Cristo Rey, la encíclica *Ubi arcano*, institucionalizado en la festividad litúrgica, y reiterado por el Concilio Vaticano II, podrá situarnos en el ambiente de la verdad y de la sinceridad.

Para leer, sobrenatural y seriamente, este mensaje hemos pensado que nada mejor sino acercarnos también a los textos de la Sagrada Escritura que el Papa Pío XI afirmaba aplicarse admirablemente a nuestro siglo.

Las más sugestivas consignas dadas por filósofos y pensadores contra la vaciedad de las habladurías, la tiranía de la publicidad y la inconsistencia de las planificaciones tecnológicas y racionalistas, suenan como sutiles cavilaciones al lado de la fuerza tremenda y permanente de la palabra de los profetas, que la Iglesia de hoy lleva nuevamente a resonar entre nosotros en su Magisterio y en su Liturgia.

¡PAZ, PAZ...!

JEREMIAS, cap. VIII

Los sabios han sido confundidos, han quedado consternados y cogidos; he aquí que desecharon la palabra de Yahveh, y ¿qué clase de sabiduría poseen? pretenden curar el desastre de mi

Pío XI, UBI ARCANO, 23-XII-1922

N.º 5. «A nadie se le oculta que ni por los individuos, ni por la sociedad, ni por los pueblos ha sido conseguida hasta el presente la verdadera paz después de la gran calamidad de la guerra, y que todavía se echa de menos la activa y fructuosa tranquilidad que todos apetecen.

»Mas en primer lugar, hay que considerar cuidadosamente la grandeza y gravedad de este mal, luego hay que investigar sus causas y raíces, si se le quiere, como Nos queremos, aplicar la medicina conveniente; esto precisamente, conforme al deber de Nuestro apostólico oficio, tenemos intención de tratar en esta encíclica, y esto mismo no dejaremos jamás de expresar en adelante.»

Admirablemente se aplican a nuestro tiempo aquellas palabras de los profetas: *Esperábamos la paz y este bien no vino; el tiempo de la curación y he aquí el terror* (Ier., 8,15); *el tiempo de sanarnos, y estamos todos turbados* (Ier., 14,19); *esperamos la luz, y he aquí las tinieblas; esperamos el derecho, pero nada; esperamos la salvación, pero queda lejos de nosotros* (Is., 59,9,11).

Pueblo, ligeramente, diciendo:
«Paz, Paz», cuando no ha de haber paz.

¿Se avergonzaron por cometer cosas abominables?

No se avergüenzan lo más mínimo, ni son capaces de sentir rubor.

Por eso caerán entre los que caen; al tiempo que los visite se derrumbarán, proclama Yahveh.

Yahveh nuestro Dios nos ha consagrado al exterminio,

y nos ha dado a beber agua envenenada, porque hemos pecado contra Yahveh.

Esperábamos la paz, y no ha habido bien alguno; el tiempo de la curación y he aquí el terror.

A. No hay paz en el mundo

Ni internacional

N.º 6. «Pues, aun depuestas hace tiempo las armas en Europa, sin embargo sabéis que sobrevienen del próximo Oriente peligros de nuevas guerras, y que, en el mismo por inmensas regiones, como hemos dicho, está todo lleno de horror y de miseria, como quiera que cada día perezca una ingente muchedumbre de desgraciados, principalmente de ancianos, mujeres y niños, a causa del hambre, peste y devastaciones; y que, por dondequiera se ha guerreado hace poco, no han cesado todavía las antiguas rivalidades, antes se fomentan ora disimuladamente en los asuntos políticos, ora encubiertamente en las fluctuaciones de la bolsa, ora abiertamente en los diarios y periódicas publicaciones; que hasta invaden las esferas mismas de aquellas cosas que por su naturaleza nada tienen de acerba contienda, como son los estudios de las artes y de las letras. De ahí las mutuas enemistades y conflictos de los Estados que no dejan respirar a los pueblos.»

Ni social, ni política

N.º 7. «Más a las externas enemistades de los pueblos se juntan, lo que es peor, las internas divisiones...»

N.º 8. «A la cabeza de todas hay que pone la lucha de las clases entre sí, que, como úlcera mortífera, ha envejecido ya en el seno de las naciones, inficionando a los obreros, artesanos, comerciantes y finalmente a todos los elementos de la prosperidad privada y pública...»

N.º 9. «En segundo lugar, tratándose del Estado, acostumbra ordinariamente los partidos a rivalizar entre sí, por no tener sinceramente la mirada puesta, según la variedad de criterios, en el bien común, sino para servir a sus propios intereses con perjuicio de los demás. Puede, pues, verse cómo menudean las conjuraciones, cómo se realizan las intrigas, los atracos contra los ciudadanos y contra los mismos magistrados, las amenazas terroristas, las francas rebeliones y otras cosas del mismo jaez, las cuales, por cierto, son tanto más graves cuanto más parte toma el pueblo en el gobierno, como en las actuales formas de constitución del Estado.»

Ni familiar

N.º 10. «Ahora bien, es muy doloroso que tal peste haya penetrado hasta las mismas raíces de la humana sociedad, esto es, hasta la familia, cuya ruina, ciertamente, comenzada hace tiempo, ha fomentado mucho la inmensa calami-

ESPERAMOS EL DERECHO, ¡PERO NADA!

ISAIAS, cap. LIX

Se confía en la nada y se habla falsedad, se concibe fatiga y párese calamidad.

Incubaban huevos de vívora y tejen telas de araña

Camino de paz no conocen y el derecho no corre por sus vías;

sus senderos se tuercen en favor suyo, y nadie que camina por ellos conoce la paz.

Por eso el derecho queda lejos de nosotros y no nos alcanza la salvación.

Esperamos la luz, y he aquí las tinieblas; la claridad, y tenemos que caminar a oscuras.

Palpamos como ciegos la pared, y como privados de ojos andamos a tientas;

al mediodía tropezamos como en el crepúsculo.

Esperamos el derecho, pero ¡nada!
Esperamos la salvación, pero queda lejos de nosotros.

Pues son muchas nuestras iniquidades contra Ti

y nuestros pecados dan testimonio contra nosotros.

¡Rebeldía e infidelidad contra Yahveh!

dad de la guerra, alejando de ella los padres y los hijos, aumentando de muchas maneras la corrupción de costumbres.»

Ni individual

N.º 11. «Y así como siempre que algún cuerpo o alguna parte principal suya está enferma, necesariamente se encuentra mal aun sus miembros más pequeños: de la misma manera es natural que influyan en los individuos aquellas cosas, por cuya causa sabemos experimentalmente que enferman la sociedad y la familia. Pues nadie ignora cuán inquietos se han acostumbrado a ser los espíritus de los hombres de toda edad y condición, cuán descontentadizos e intratables; cuánto ha penetrado por todas partes el disgusto de la obediencia y la poca resistencia al trabajo; cómo ha traspasado los límites de modestia, principalmente en el vestir y danzar, la ligereza de las mujeres y de las jóvenes, con cuyo excesivo lujo se exacerban los odios de los indigentes.»

Ni religiosa

N.º 13. «Mas, a todos estos males que hemos traído a plaza, se han de añadir, como para poner colmo, los que ciertamente *no percibe el hombre animal* (I Cor. II, 14), pero que, sin embargo, han de contarse entre los mayores de nuestro tiempo. Nos referimos a los daños propiamente causados en el orden espiritual y sobrenatural, con los cuales está unida la vida de las almas, y que, como fácilmente se entiende, son tanto más de deplorar que los perjuicios de los bienes externos cuanto el espíritu supera a las cosas perecederas.»

B. Causas de tanto mal

Falta de caridad y desprecio de los bienes eternos

N.º 16. «Pues el derecho de la fuerza se ha paseado triunfante por todas partes demasiado tiempo, y poco a poco se ha ido embotando en los hombres los sentimientos de benignidad y misericordia, naturalmente innatos en ellos, y que había perfeccionado la ley de la cristiana caridad; sentimientos que la aparente, no real, reconciliación de la paz en manera alguna ha reanimado...

...Suele, pues, suceder con demasiada frecuencia que los hombres no parecen hermanos entre sí, según el precepto de Cristo, sino extraños y enemigos; que casi no se tiene en cuenta alguna con la dignidad y con la misma persona humana; que sólo pesa la violencia y el número; que se esfuerzan por aplastarse unos a otros con el único fin de adueñarse, en cuanto puedan, de los bienes de esta vida.

¡y dejar de seguir a nuestro Dios!
 Hablar pérfido y desleal; y concebir
 palabras de mentira en el corazón.
 Y así el derecho se alejó, y la justicia
 hubo de quedar lejos;
 porque en las plazas tropieza la buena
 fe, y no encuentra acceso la rectitud.
 Y así la lealtad ha quedado desterrada,
 y quien evita el mal es destruido.

Es decir, no hay cosa más corriente entre los hombres que despreciar los bienes eternos, que Cristo Nuestro Señor, por medio de su Iglesia, pone sin interrupción ante los ojos de todos para que se apliquen a conseguirlos, y apeteer insaciablemente la posesión de las cosas pasajeras y caducas.»

Los bienes temporales, desmedidamente codiciados

N.º 19. «Pues diríase que no puede imaginarse peste más mortal no sólo para perturbar las familias sino las mismas ciudades, que la concupiscencia de la carne, esto es, que los deseos de placeres; de la concupiscencia de los ojos, esto es, de la codicia de poseer, nacen las amargas luchas de las clases sociales, que miran en demasía por sus propios intereses; y los partidos políticos, movidos por la soberbia de la vida, esto es, por el afán de dominar a todos los demás, de tal suerte acostumbraron a luchar encarnizadamente entre sí, que no se abstienen ni del crimen de lesa majestad, ni del de alta traición, ni del mismo parricidio de la patria.»

Las concupiscencias disfrazadas de bien público

N.º 20. «Pues también este amor de la propia patria y linaje, aunque, en el caso de que sea regido por la ley cristiana, tiene no poco de estímulo para algunas virtudes y para empresas heroicas, truécase, sin embargo, en semillero de muchas injusticias y maldades, cuando, habiendo pasado los límites de la justicia y rectitud, conviértese en desmesurado amor de la nación. Los que son presa de esto olvidan ciertamente no sólo de que todos los pueblos, como partes de la universal familia humana, están unidos entre sí con fraternal vínculo y de que también las otras razas tienen derecho a vivir y a tender a la prosperidad material, sino también de que ni es lícito ni conveniente separar la utilidad de la honestidad.»

Pero el que se haya ausentado la paz, y que después de haberse remediado tantos males todavía se la eche de menos, tiene que tener una causa más profunda que la que hasta ahora hemos visto.

Porque ya mucho antes de que estallara la guerra europea venía preparándose por culpa de los hombres y de las sociedades la principal causa engendradora de tan grandes calamidades, causa que debería haber desaparecido con la misma espantosa grandeza del conflicto si los hombres hubieran entendido la significación de tan grandes acontecimientos. ¿Quién ignora aquello que dice la Escritura: *los que abandonaron al Señor serán confundidos?*; ni son me-

LOS QUE ABANDONARON A YAHVEH PERECERAN

ISAIAS cap. I

¡Ay de la nación pecadora, del pueblo cargado de culpa, ralea de malvados, hijos pervertidos!

Abandonaron a Yahveh, despreciaron al Santo de Israel, le volvieron la espalda.

¡Cómo se ha prostituido la ciudad fiel! estaba llena de justicia y la equidad moraba en ella, y ahora el asesinato.

Tu plata se convirtió en escoria, tu vino se ha aguado.

Tus príncipes son prevaricadores y cómplices de bandidos; aman el soborno y persiguen la recompensa, pero no hacen justicia al huérfano ni llega a ellos la causa de la viuda.

Quienes abandonaron a Yahveh perecerán.

El desastre llegará para los rebeldes y los pecadores.

nos conocidas aquellas gravísimas palabras del Redentor y Maestro de los hombres, Jesucristo: *sin Mí no podéis hacer nada*, y aquellas otras: *el que no recoge conmigo des-parrama*.

Estas son palabras divinas que en todo tiempo se han verificado, y que ahora sobre todo vemos realizarse ante nuestros ojos.

Apostasía de Dios y de Cristo

N.º 22. «Pues por haberse separado desgraciadamente los hombres de Dios y de Jesucristo, de la antigua felicidad vinieron a hundirse en el lodazal de los males presentes, y por esta misma causa se frustran las más de las veces los planes que se trazan para resarcir los daños y para mantener lo que de tantas ruinas permanece. Y así removido Dios y Jesucristo de las leyes y del Estado, y derivada ya la autoridad no de Dios sino de los hombres, sucedió que —además de haber sido sustraídas a las leyes las verdaderas y sólidas sanciones y los supremos principios de la justicia, que aun los paganos filósofos, como Cicerón, veían claramente que tan sólo se contenían en la ley eterna de Dios— también se arrancaron de cuajo los fundamentos mismos de la autoridad, quitada de en medio la causa principal por la que tenían unos derecho a mandar y otros deber de obedecer.»

N.º 23. «Determinóse igualmente que ni Dios ni Cristo Señor Nuestro presidiese ya la fundación de la familia, relegado entre los contratos civiles el matrimonio, que Cristo había hecho *gran sacramento* (Ef. V, 32), y había querido que fuese imagen santa y santificante del perpetuo vínculo con que El está unido con su Iglesia.»

N.º 24. «Finalmente pareció que era excluido Dios y su Cristo de la formación de la juventud: mas necesariamente se siguió de ahí, no tanto que la religión estuviese desterrada de las escuelas, como que en éstas fuese tácita o aun abiertamente combatida, y que se persuadiesen los niños que nada o ciertamente poco valían para vivir bien todas esas cosas acerca de las cuales o no se hablaba o se hablaba con gran desprecio. En verdad, desterrados de esa manera de la enseñanza Dios y su ley, ya no se comprende cómo pueden formarse los espíritus de los adolescentes para evitar el mal y para llevar una vida honesta y santa; y juntamente como haya para la familia y para la sociedad abundancia de hombres que sean morigerados, amantes del orden y de la paz, y aptos y útiles para la común prosperidad.»

VATICINAN FALSEDAD...**JEREMIAS, cap. XIV**

Y yo dije: Ah! Ah! Señor Yahveh! He aquí que los profetas les dicen: No veréis espada ni tendréis hambre, pues paz estable os daré en este lugar.

Pero Yahveh me contestó: Vaticinan falsedad los profetas en mi nombre;

Yo no los envié, ni les di orden, ni les hablé; os profetizo visiones mentirosas, anuncios vacíos y engaños de su propio corazón.

(...)

¿Has desechado del todo a Judá?

¿Aborrece tu alma a Sión?

¿Por qué nos has herido sin que nos quede curación?

Esperábamos la paz, y no hay bien alguno;

tiempo de curación, y estamos todos turbados.

**NO ESCUCHEIS SUS PALABRAS:
OS ENGAÑAN****JEREMIAS, cap. XXIII**

Así afirma Yahveh de los ejércitos: no escucháis las palabras de los profetas que os profetizan: os engañan;

os cuentan visiones de su imaginación, no de la boca de Yahveh.

C. Remedios**Paz interna y caridad**

N.º 27. «Pues no puede ser muy útil la externa apariencia de paz con que, como con cierta urbanidad, se rige y está informado el trato mutuo de los hombres, sino que se necesita una paz tal que penetre y tranquilice las almas y las incline y disponga para la fraterna benevolencia con los demás. Mas ésta no se da fuera de la paz de Cristo: Y la paz de Cristo triunfe en vuestros corazones (Col. III, 15).»

N.º 31. «Refrenadas, pues, las pasiones por la virtud, y devuelto el honor debido a las cosas espirituales, la paz cristiana no sólo traerá espontáneamente consigo la integridad de las costumbres, sino también dará esplendor a la dignidad de la persona humana; y por cierto, después que Cristo redimió a ésta con su sangre, conságrala la celestial adopción del Padre y el fraternal vínculo con el mismo Cristo, las oraciones y sacramentos la hacen participante de la gracia y naturaleza divina hasta el punto de que, una vez conseguido el premio de la buena vida llevada en este mundo, disfrutará para siempre de la posesión de la divina gloria.»

Dejar libertad completa a la Iglesia

N.º 33. «Pero si alguien tal vez repara en que los consejos y enseñanzas de Cristo acerca de la dignidad de la persona humana, de la pureza de costumbres, del deber de la obediencia, de la divina constitución de la sociedad civil, del sacramento del matrimonio y de la santidad de la familia de otros dogmas semejantes que había traído del cielo a la tierra, los confió solamente a su Iglesia, y por cierto con la promesa solemne de su ayuda y asistencia perpetua, y encargó a la misma que, como maestra infalible, no dejara de enseñar a todas las gentes hasta el fin de los siglos: entenderá ciertamente qué tal y cuán grande remedio pueda y deba aportar la Iglesia Católica a la pacificación del mundo.»

N.º 36. «Cuando, pues, las sociedades y los Estados tuviesen por cosa santa y ordinaria atenerse a las enseñanzas y preceptos de Cristo en su modo de vivir familiar y social, entonces finalmente no sólo disfrutarán de buena paz en el interior y tratarán entre sí con confianza, sino también disminuirán pacíficamente las controversias, si algunas tal vez surgieren.»

No hay otra sociedad que pueda dar la paz

N.º 41. «Pues en esto se encierra lo que en pocas palabras llamamos Reino de Cristo. Ya que reina Jesucristo con sus enseñanzas en las mentes de los *individuos*, reina en las

A los que desprecian la palabra de Yahveh les dicen: «Tendréis paz» y a los que siguen la obstinación de su corazón, les dicen: «Ningún mal os vendrá».

Pero ¿quién ha asistido al consejo de Yahveh y ha visto y oído su palabra?

¿quién ha atendido a su palabra y la ha escuchado?

No envié a los profetas y ellos corrían;

no les hablé y ellos vaticinaban.

Si hubieran asistido a mi consejo, habrían anunciado mis palabras a mi pueblo; lo habrían apartado de su mal camino y de la perversidad de sus acciones.

¿Acaso soy sólo un Dios de cerca, dice Yahveh, y no un Dios de lejos?

¿Hasta cuándo ha de haber en mi pueblo profetas que anuncian la mentira,

que profetizan sus desvaríos,

que llevan a mi pueblo con sus sueños a olvidarse de Mí,

con los sueños que se cuentan unos a otros, como sus padres me olvidaron por Baal?

El que tenga un sueño, que cuente su sueño;

el que reciba mi palabra, que anuncie mi palabra.

¿Cómo comparar la paja con el grano?, palabra de Yahveh.

¿No es mi palabra como el fuego, y como el martillo que desmenuza la piedra?

almas con la caridad, reina en la vida toda de los hombres con la observancia de su ley e imitación de sus ejemplos. Reina el mismo en la *familia*, cuando, formada ésta por el sacramento del matrimonio cristiano, permanece intacta, como una cosa sagrada, de suerte que el poder de los padres presente en ella una viva imagen de la divina paternidad de la que procede y recibe el nombre (Eph. III, 15), y los hijos emulen la obediencia del Niño Jesús y todo su modo de vivir respire la santidad de la Familia Nazaretana. Reina finalmente el Señor Jesús en la *sociedad civil*, cuando, tributamos en ella los supremos honores a Dios, del mismo se van a buscar el origen y derechos de la autoridad, para que no falte a la norma de mandar o el deber y dignidad de obedecer; y además se cobra a la Iglesia en aquel grado de dignidad en que fue puesta por su mismo Fundador, conviene a saber, en el lugar de sociedad perfecta, y de maestra y guía de las demás sociedades; de modo, claro está, que no menoscaba el poder propio de ellas —pues son legítimas cada una en su orden— mas las perfecciona oportunamente, como la gracia a la naturaleza; de donde las mismas sociedades sean de poderosa ayuda a los hombres para la consecución del último fin, que es la bienaventuranza eterna, y con más seguridad haga prosperar la misma vida mortal de los ciudadanos.»

N.º 42. «De esto resulta claro que no hay paz de Cristo sino en el reino de Cristo; ni podemos ciertamente trabajar con más ahínco para establecer la paz, que restableciendo el reino de Cristo.»

CONCLUSION

N.º 58. «Mas, Venerables Hermanos, demasiados todavía se presentan a Nos, que miramos en derredor Nuestro desde ésta como atalaya y fortaleza de la Sede Apostólica, los cuales, o totalmente desconocedores de Cristo o no mantenedores de su íntegra y genuina doctrina o prescrita unidad, no son aún de *este redil*, al que, sin embargo, divinamente están destinados. Por lo cual el que hace las veces del Pastor eterno, encendido en los mismos deseos, no puede menos de servirse de las mismas frases brevísimas por cierto pero llenas de amor y de ternura en extremo condescendiente: *También es menester que recoja aquéllas* (ovejas) (Io., X, 16); y asimismo recibir con toda alegría aquel vaticinio del mismo Cristo: *Y oirán mi voz y se formará un solo redil y un solo Pastor* (ibid.). Y haga Dios que veamos cuanto antes faustísimamente realizada la dulcísima y cierta profecía del divino Corazón, cosa que Nos con vosotros, Venerables Hermanos, y con vuestros fieles imploramos con unánimes deseos y oraciones.»

CRISTO, ESPERANZA DE LAS NACIONES

«Al anunciar a Cristo, la Iglesia descubre a los hombres la auténtica verdad de su condición y de su vocación íntegra, porque Cristo es el principio y el modelo de esta humanidad renovada, imbuida de amor fraterno, de sinceridad y de espíritu pacífico, a la que aspiran todos los hombres.

Cristo mismo es la verdad y el camino que por la predicación evangélica se hace manifiesto a todos, al hacer resonar en todos los oídos estas palabras suyas: *Haced penitencia y creed en el Evangelio* (Mc. I, 15). Y puesto que quien no cree está ya juzgado, las palabras de Cristo son a la vez de gracia y de condenación, de vida y de muerte.

Porque sólo podemos acercarnos a la novedad de la vida arrojando de nosotros lo viejo; lo que se aplica en primer lugar a las personas, pero puede decirse también de todos los bienes de este mundo, señalados a la vez con el pecado del hombre y la bendición de Dios: *Porque todos pecaron y están privados de la gloria de Dios*. (Rom. III, 23).

Nadie se libra del pecado por sí mismo y por sus propias fuerzas, y nadie se eleva sobre sí mismo; nadie se ve enteramente libre de su debilidad, de su soledad y de su servidumbre, sino que todos tienen necesidad de Cristo, modelo, maestro, liberador, salvador y vivificador.

En verdad el Evangelio fue en la historia de la humanidad, incluso en lo temporal, fermento de libertad y de progreso, y se ofrece constantemente como germen de fraternidad, de unidad y de paz.

No sin motivo los fieles celebran a Cristo como esperanza y salvador de las naciones.»

CONCILIO VATICANO II —
Decreto Ad gentes divinitus missa

HAY QUE VOLVER AL CAMINO

«Hay que recurrir, pues, a quien es el camino, la verdad y la vida. Nos hemos desviado: hay que volver al camino; se han oscurecido las inteligencias; hay que iluminarlas con la luz de la verdad; la muerte se ha enseñoreado de nosotros; hay que apoderarse de la vida. Entonces podrán sanarse finalmente tantas heridas, todo derecho volverá a recobrar su primitiva autoridad, y de nuevo brillará la paz, y caerán de las manos las espadas, cuando todos acepten gustosamente el imperio de Cristo y le obedezcan, y confiese toda lengua que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

León XIII, *Annum Sacrum*

LA ESPERANZA DE LA IGLESIA

JOSÉ M.^a ALSINA ROCA

Uno de los temas fundamentales en que se ocupó el P. Enrique Ramière a lo largo de su fecunda vida apostólica fue el estudio de la historia a la luz de la revelación divina, es decir, lo que él mismo denominó Teología de la Historia. Como afirmaba el P. Ramón Orlandis, en sus trabajos «hace ver las normas y las leyes de la Providencia divina actuando en la vida de los pueblos y de todo el género humano y acude a la revelación divina para rastrear los planos que ha trazado Dios a la humanidad y para sondear con humilde osadía lo que en el porvenir estos planos le reservan». Y todo ello con un doble motivo apostólico, orientar nuestra acción y alentar nuestra esperanza.

Las esperanzas de la Iglesia en la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción

El punto de partida del P. Ramière es la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción. Pío IX había proclamado con toda solemnidad la esperanza de la Iglesia acerca de la conversión del mundo entero:

«Nos, afirmaba Pío IX, con firmísima esperanza y absoluta confianza nos esforzamos en conseguir de la bienaventurada Virgen María que se digne otorgarnos que la Iglesia, desaparecidas todas las dificultades y deshechos todos los errores florezca en el universo entero para que todos los extraviados vuelvan al camino de la verdad y se forma un solo rebaño y un solo pastor».

A pesar de la importancia capital de este acto pontificio que había encontrado eco incluso más allá de la Iglesia, hay un aspecto de esta solemne declaración, subrayaba el P. Ramière, que no había sido suficientemente estimado por los mismos católicos y contenía uno de los aspectos más consoladores.

«Se le considera tan sólo como solemne expresión de la fe de la Iglesia, no se le considera bastante como la más impresionante manifestación de sus esperanzas».

El P. Ramière señalaba la necesidad de no separar los dos aspectos contenidos en este solemne acto pontificio. Con esta declaración de Pío IX se abre en la Iglesia una esplendorosa época de devoción mariana y al mismo tiempo, una progresiva y frecuente manifestación en el magisterio de la Iglesia de las esperanzas acerca del triunfo del Reino de Cristo, a pesar de las dificultades y perspectivas del mundo moderno.

«En adelante, afirma el P. Ramière sabemos lo que tenemos derecho a esperar: el completo triunfo de la Iglesia, la destrucción de todos los errores, el Reino universal de la verdad y de la virtud, la unión de los hombres y los pueblos en un solo rebaño que avanzará bajo la guía del Pastor, por el camino de la fraternidad y del progreso verdadero».

Por ello el P. Ramière en su libro «Las Esperanzas de la Iglesia» nos mostrará cuáles son las bases teológicas de estas esperanzas y cómo

«los hijos de la Iglesia tienen casi el mismo derecho de confesar su fe en la Inmaculada que a proclamar su esperanza de ver el triunfo de María seguido por el de la Iglesia y por la regeneración del mundo».

¿Es posible que la reflexión teológica sobre la historia nos muestre que los planes de Dios sobre el futuro acaecer histórico sean tan distintos a lo que el mundo de hoy parece estar encaminado? Para demostrar que las taxativas palabras del Papa Pío IX no son un simple deseo piadoso sino que tienen un verdadero fundamento teológico, el P. Ramière estudia las bases teológicas de la esperanza de la Iglesia, tanto desde la perspectiva de las leyes de la Providencia y de las promesas contenidas en la revelación como desde el punto de vista de la congruencia de aquellas con las profundas tendencias de la sociedad actual.

Las leyes de la Providencia

Todo lo que se hace en el mundo tiende a glo-

rificar a Dios, esta glorificación debe realizarse por medio de Jesucristo a través de su Iglesia. En el plano individual, los hombres en sus acciones meritorias por la gracia de Dios cumplen este designio divino, y con el pecado también se manifiesta la omnipotencia divina mediante su misericordia y su justicia, de tal modo que cualquier acto de los hombres encuentra su última explicación en esta perspectiva. La definitiva salvación o condenación de los hombres manifestará la gloria de Dios a través de su misericordia y su justicia.

También sobre los pueblos recaen estos planes divinos, es decir, los hombres en su existencia colectiva y temporal tienen el deber de glorificar a Dios, pero los pueblos sólo perduran en el tiempo y no es posible pensar que sus acciones reciban la recompensa o castigo en el otro mundo. León XIII, refiriéndose a la intervención de Dios en la vida de los pueblos afirmaba:

«La exactísima justicia inmutable de Dios reserva premios para las obras buenas y suplicio para los pecados. Pero los pueblos y las naciones como no pueden prorrogarse más allá del tiempo presente es necesario que reciban en la tierra el pago debido a sus hechos».

En esta perspectiva debemos de contemplar la historia de las sociedades. Su fin es glorificar a Dios reconociendo su realeza y aquellas sociedades que rechacen estos designios divinos no podrán evitar, como afirmaba el P. Ramière, que a pesar de las apariencias de progreso y de fuerza que pueden dar algún tiempo la codicia de los intereses colectivos y el orgullo nacional, los vínculos sociales vayan desapareciendo, la autoridad perdiendo su prestigio y los derechos sean cada vez más discutidos.

La realización de los planes de la Providencia respecto a la conversión del mundo pueden parecer, bajo perspectivas humanas, muy lejanas, sin embargo el P. Ramière cree que estamos asistiendo a una de las últimas crisis en la que la sociedad llega al término de sus tendencias, coge el fruto bueno o malo de los principios adoptados por ella y se ve puesta por la divina Providencia en trance de entrar por nuevos derroteros.

Tendencias de nuestra sociedad

Hoy asistimos en nuestra cultura occidental a

un nuevo fenómeno que ha sido subrayado por Toynbee. Nuestra civilización ha entrado en una crisis desintegradora que se ha ido radicalizando al abandonar progresivamente aquellos principios y valores que la habían informado en sus orígenes, pero al mismo tiempo dicha civilización ha traspasado su marco geográfico alcanzando una extensión planetaria. Por ello nuestra época tiene unas características radicalmente distintas a las de toda la historia de la humanidad. A pesar de todas las luchas y divisiones políticas el mundo ha alcanzado una gran unidad cultural bajo una misma civilización. La civilización occidental en el mismo momento en que parece que ha entrado en su crisis definitiva ha alcanzado su máxima expansión.

Desde la perspectiva de la teología de la historia podemos subrayar los siguientes hechos. De igual modo que durante el imperio romano la rápida expansión del Evangelio se facilitó gracias a aquella unidad política y cultural conseguida bajo la égida de Roma, la universalización de la cultura occidental ha ido acompañada con una formidable expansión misionera, de tal modo que puede afirmarse, por primera vez, la fe cristiana ha sido predicada en todos los confines de la tierra. Durante los últimos cien años, mientras Europa se ha ido secularizando y ha estado sumida en una permanente crisis política y social, al negar socialmente los principios cristianos que habían sido su razón de ser, no han cesado de surgir de su seno los misioneros que evangelizaran los cinco continentes. ¿No se ha hecho posible que algún día los pueblos del mundo entero reconozcan la voz redentora de Aquel que ya ha sido anunciada?

En nuestros días ha ido apagándose esta corriente misionera con la crisis vocacional que afecta a todos los países europeos y parece como si esa gran unidad cultural que había alcanzado el mundo no tuviese otro destino que el de dar también un eco universal a los errores y desvaríos en que se debate la civilización de occidente.

La expansión del marxismo, fruto genuino de esta cultura secularizada, nos hace contemplar ya como una realidad, aquello que el P. Ramière veía como la última consecuencia de los principios que habían surgido en Europa en los últimos siglos:

«Sólo falta decir, tratando de religión: Dios es el mal; tratando de política: el or-

den es la anarquía; tratando de filosofía: el ser es la nada; tratando de la sociedad: la propiedad es el robo».

Esta realidad antiteísta ha dado lugar a que el panteísmo materialista se presente como la única filosofía y la única religión que plantea cara a la filosofía cristiana y a la religión católica. El panorama que el P. Ramière preveía para Europa, a finales del siglo pasado, en el caso de continuar por el camino que había iniciado lo vemos hoy convertido en una realidad en todos aquellos pueblos sometidos a la esclavitud del comunismo:

«Podría suceder que la revolución reportase el triunfo en que sueña, que acabase por romper todos los lazos sociales y triturar los pueblos bajo el martillo que ha causado ya tantas ruinas. Esto sería el infierno en la tierra; mas de ese infierno, como del que arde bajo nuestros pies, volvería a brillar para los siglos venideros y para toda la eternidad, la más completa demostración que se pueda imaginar de lo necesaria que es la Iglesia para la felicidad del mundo».

A pesar de esta profunda crisis en que se debate la civilización occidental y con ella el mundo entero, podemos afirmar con el P. Ramière, que las tendencias del mundo actual también pueden ser contempladas bajo la luz de la teología de la historia como motivos que afiancen nuestra esperanza. Al mismo tiempo que se rechaza la fe cristiana y se proclaman las esperanzas en un mundo secularizado asistimos al fracaso permanente de las distintas ideologías cuyo único lazo común es el de pretender edificar un mundo en el que Dios no esté presente. Se proclama la necesidad de la paz entre los pueblos, y el ansia de felicidad del hombre y no se encuentran ya ni los caminos de la paz, ni los bienes ni ideales que puedan llenar estas ansias de felicidad. No sería difícil encontrar todo tipo de testimonios en la literatura, en la política y en el periodismo que verificasen lo que acabamos de afirmar. Hace pocos meses podíamos leer en un periódico español el siguiente comentario refiriéndose a las pasadas elecciones norteamericanas, tratando de explicar por qué había sido tan frecuente en la propaganda electoral las referencias a cuestiones religiosas:

«América ha comprobado que muchas de sus formas que creían infalibles no sirven tanto en política interior como exterior, que el crimen crece, las ciudades degeneran, la educación baja de nivel, el paro y la inflación se mantiene a la par sin que nadie pueda ofrecer soluciones satisfactorias. Tal vez no las haya, y sólo quede la esperanza del milagro sobrenatural».

Ante este panorama en que ya no se encuentran soluciones humanas para los problemas que tiene planteado el mundo de hoy, ante el progresivo distanciamiento entre lo que el mundo promete y lo que realmente ofrece, ¿no habrá llegado la hora en que el hombre, humillado su orgullo, vuelva su mirada a Dios como única fuente de salvación? Y si no es así, la desesperación y las ansias de destrucción de este mundo deshumanizado quizás sean las únicas perspectivas que se presentan a nuestra civilización.

La esperanza alimento de nuestra oración

También entre los cristianos ante la magnitud de la crisis que contemplamos aparecen sentimientos de desaliento, por ello hoy más que nunca es necesario alentar nuestra esperanza, no sólo de nuestra salvación eterna sino también la del triunfo de la Iglesia, es decir, recordar que también en nuestra plegaria ocupa un lugar central la petición: «Adveniat Regnum Tuum».

En el año 1946 el P. Ramón Orlandis escribía en CRISTIANDAD las siguientes palabras de permanente y creciente actualidad:

«Formados los redactores de esta Revista en Schola Cordis Iesu cuyo lema se en aquella petición Adveniat Regnum tuum, es obvio que desde el principio concibieron vivos deseos de entender a fondo la idea que se expresa en la fórmula universalmente admitida: El Reinado Social de Cristo; y que una vez comprendidas las riquezas de contenido, que en esta fórmula se encierran, los tesoros de salud que en ella y por ella se ofrecen al mundo enfermo, extendieran sus deseos de dar a conocer tales tesoros al mundo que por desgracia, no los conoce en su valor ni los busca para su remedio. ¿Dónde, pues, habían ellos de bus-

car la comprensión de tales tesoros y dónde habían de hallar la orientación y el estímulo para comunicarlos? Necesario era acudir a los escritos y a las empresas del que con razón es llamado segundo fundador del Apostolado de la Oración, aquel egregio varón cuyo nombre era Enrique Ramière. El fue quien consolidó la obra de su primer fundador el P. Gautrellet, él quien le dio vida nueva y robusta infundiéndole la savia divina cupa fuente es el Corazón de Cristo y con ello le dio su forma definitiva. El P. Enrique Ramière vio con una claridad que no habían alcanzado ni los contemporáneos de Santa Margarita ni los que en el siglo XVIII y en la primera mitad del XIX se aplicaron al estudio y al comentario de las revelaciones de Paray, la significación de aquella promesa de Reinado: «Reinaré a pesar de mis enemigos» que en ellas de continuo se repite; y a la luz de esta claridad comprendió que tal promesa no se hizo tan sólo a los cristianos considerados aisladamente, sino a las sociedades en que ellos vivían; más aún, al mundo entero. Y vio más aquel eminente varón: vio que Jesucristo quería salvar al mundo valiéndose de la devoción a su Corazón divino, ya que ésta es el medio providencial por el cual quiere establecer su reinado de amor en el mundo pecador y rebelde».

En estas palabras del P. Orlandis vemos como en la obra del P. Ramière están íntimamente unidos, el Apostolado de la Oración y la devoción al Corazón de Cristo y las esperanzas en la conversión del mundo entero. El Apostolado de la Oración lo concebía como el medio más universal y eficaz de realizar las esperanzas de la Iglesia y acelerar la salud del mundo:

«La oración es un gran deber —afirmaba el P. Ramière— un deber demasiado olvidado en nuestro siglo, pero la esperanza es un gran deber también y dudamos de que éste se cumpla mejor hoy que lo que se cumple el de la plegaria. Si ésta es el principio de todas las gracias, la esperanza es el móvil de la plegaria misma. Un soldado sin esperanza es un soldado desalentado; y entonces, ¿de qué le servirían las armas por poderosas que sean? La realización de estas esperanzas estaban íntimamente unidas con la devoción al Corazón de Jesús».

La promesa a Santa Margarita: Reinaré a pesar de mis enemigos, confirma nuestra esperanza y nos presenta al Corazón de Jesús dispuesto a derramar sobre el mundo su misericordia salvífica, único remedio para curar las terribles enfermedades en que el mundo de hoy se ve envuelto. Desde las revelaciones de Paray se fue extendiendo tras la revolución francesa el ateísmo social y político en Europa y el P. Ramière pudo comprender con mayor profundidad aquello a que se refería el Corazón de Jesús al hablar de «mis enemigos». Por ello mismo la providencial devoción al Corazón de Cristo será más que nunca motivo de confianza y esperanza.

«Con la escuela de la desesperación desesperamos de los hombres —afirmaba el P. Ramière, pero esperamos más que de ellos de la misericordia de Dios. Participamos de estas esperanzas y las creemos sólidamente fundadas en el estudio de los caminos de la Providencia en el pasado y de su acción en la actualidad. Nos inclinamos, pues, con una convicción profunda hacia la esperanza sin que se oculte ninguno de los motivos, desgraciadamente demasiado reales, sobre los cuales se apoya la escuela de la desesperación. Con ella desesperamos de los hombres pero esperamos más que de ellos de la misericordia de Dios, incluso en la existencia terrenal de la Iglesia».

El magisterio de la Iglesia desde Pío IX hasta la actualidad ha proclamado reiteradamente estas esperanzas y de forma solemne en el Concilio Vaticano II en la Declaración sobre las religiones no cristianas ha confirmado esta doctrina del Magisterio:

«La Iglesia espera con los Profetas y con el Apóstol la llegada de que un día, conocido ahora sólo de Dios, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz y le servirán como un solo hombre».

En la historia de los pueblos la necesidad de oración y de esperanza ha sido expresada genialmente en estos versos de Jacinto Verdaguer dedicados a Barcelona:

Lo teu present ara esplèndid és de nous temps
aurora;
tot somiant fulleja lo llibre del passat;
treballa, pensa, lluita, mes creu, espera y ora.
Qui enfonsa o alça els pobles, és Déu que els ha creat.

LA ESPERANZA ECUMENICA EN LA ORACION DE LA IGLESIA

Laudes del día 29 de diciembre

Haz, en alabanza de tu Hijo,
cuyo día previó Abraham con gozo,
lo esperaron los patriarcas,
lo anunciaron los profetas,
lo desearon las naciones —
que todo Israel sea salvo (Rom. 11,25).

Laudes del día 31 de diciembre

Oh Cristo, Dios y Hombre,
que eres el Señor y el Hijo de David,
que cumples las profecías —
te rogamos que Israel te reconozca por Mesías.

Laudes del día 2 de enero

Oh Cristo, glorificado por los ángeles
y anunciado por los pastores,
a quien Simeón y Ana proclamaron y predicaron —
te rogamos que tu Evangelio sea recibido por el pueblo de la promesa.

Vísperas del día 7 de enero.

**Tú que riges cielo y tierra con tu dedo,
haz que los pueblos y sus gobernantes reconozcan tu poder regio.**

Vísperas del 1^{er} domingo T.O.

**Concede que entre en tu Reino la plenitud de las naciones —
y de este modo todos los pueblos se salven.**

Vísperas de la Fiesta de Cristo Rey (domingo 34).

**Heredado de todas las naciones,
congrega a la humanidad con todos sus bienes
en el Reino de tu Iglesia,
que el Padre te entregó —
para que todos te reconozcan como Cabeza
en la unidad del Espíritu Santo.
¡Venga a nosotros tu Reino!**

LA ÚNICA PAZ

JOSÉ L. GANUZA CORTINA

«La paz en la tierra, suprema de toda la humanidad a través de la historia, es indudable que no puede establecerse ni consolidarse si no se respeta fielmente el orden establecido por Dios».

Con estas inolvidables palabras comenzaba el buen papa Juan su encíclica «*Pacem in terris*», encíclica que como caso primero en la historia es dirigida a todos los hombres de buena voluntad y que probablemente tuvo un eco y resonancia universal, sin precedentes en la historia de la Iglesia (1).

Para un creyente que conoce la doctrina de la «Ubi arcano» que enseña que la paz del mundo es la paz de Cristo en el Reino de Cristo, la afirmación de Juan XXIII resulta evidente, pero no deja de ser fructuoso el investigar el pensamiento de este papa al entablar diálogo con el mundo.

Que la «*Pacem in terris*» es un documento magisterial escrito desde la fe con la asistencia del Espíritu Santo es una cuestión clara, pero nadie debe sorprenderse de ver en ella una interpretación maravillosa de toda la ley natural. Interpretación que pasa desde los derechos y deberes naturales del hombre a los principios básicos para una convivencia, a las relaciones entre los poderes públicos y el ciudadano hasta llegar a las relaciones internacionales.

Uno de los temas más importantes en la historia de las polémicas religiosas ha sido siempre

(1) Fue comentada por el secretario general de la ONU, el director general de la UNESCO, la conferencia de Ginebra sobre desarme; el Consejo Mundial de la Paz, la Federación Mundial de Ex-combatientes, la Liga de los Derechos del Hombre, el Consejo de Europa y una lista innumerable de Jefes de Estado y representantes de otras confesiones.

Es notable considerar como signo de los tiempos actuales esta predicación universal que Juan XXIII inaugura y se continúa por su sucesor en escritos como la «*Ecclesiam Suam*» y la «*Populorum progressio*» y acciones como el viaje a la ONU y por supuesto toda la actitud del Concilio Vaticano II. Parece como un supremo esfuerzo, posibilitado hoy en día por los medios técnicos actuales que la Iglesia quiere hacer para que el mensaje cristiano llegue a todos los rincones de la tierra.

el de las relaciones existentes entre el orden natural y el sobrenatural. El saber qué corresponde al orden de la naturaleza y qué al de la gracia. Aquí podemos hacernos las siguientes preguntas:

¿La paz es un don de Dios que hay que esperar de su misericordia?

¿Puede el hombre por sus solas fuerzas naturales alcanzar eso que Juan XXIII llama «suprema aspiración de la humanidad a través de la historia»?

¿Cualquier ideología o concepción puede servir para este propósito?

Vamos a intentar contestar en orden inverso a estos interrogantes siguiendo el Magisterio de la Iglesia.

Si bien para el cristiano la consideración de la llamada a la filiación divina es el valor más profundo de la dignidad de la persona humana, en el orden de verdades filosóficas hay que admitir que esa dignidad reside en la racionalidad del hombre. El hombre es el único ser de la creación corpórea dotado de un alma con una inteligencia capaz de alcanzar la verdad y una voluntad libre para abrazar el bien propuesto por la inteligencia (2).

Con razón puede decir el Concilio en la «*Gaudium et Spes*»: «Al afirmar, por tanto, en sí mismo la espiritualidad y la inmortalidad de su alma, no es el hombre juguete de un espejismo ilusorio provocado solamente por las condiciones físicas y sociales exteriores, sino que toca, por el contrario, la verdad más profunda de la realidad» (número 14, *Gaudium et Spes*).

(2) «En toda convivencia humana bien ordenada y provechosa hay que establecer como fundamento el principio de que todo hombre es persona, esto es, naturaleza dotada de inteligencia y de libre albedrío, y que, por tanto, el hombre tiene por sí mismo derechos y deberes, que dimanar inmediatamente y al mismo tiempo de su propia naturaleza.

Estos derechos y deberes son, por ello, universales e inviolables y no pueden renunciarse por ningún concepto.» (*Pacem in Terris*, n. 9).

Sólo desde la perspectiva de un Dios creador del hombre como ser espiritual se puede hablar de leyes morales objetivas, universales e inviolables que regulen las relaciones humanas. Quede claro que estas verdades son verdades filosóficas que están al alcance de la razón humana y por lo tanto pertenecen al orden natural.

Estas consideraciones nos llevan a afirmar rotundamente que con ideologías que desprecien o nieguen estos conceptos no es posible alcanzar la paz. Las frases «dignidad de la persona» o «derechos humanos» carecen de sentido desde ideologías materialistas (3).

Conestada ya una de las preguntas entendemos que el respeto del orden querido por Dios del que se nos habla al comienzo de la «Pacem in terris» puede requerir una distinción en cuanto al modo de conseguirlo.

En la historia de las controversias doctrinales se han dado muchos errores en el planteamiento de las relaciones entre naturaleza y gracia. Recordemos algunas de ellas (4).

Los Concilios de Cartago y Orange contra pelagianos y semipelagianos, se vieron obligados a condenar las doctrinas que despreciaban o minusvaloraban los efectos del pecado original en la naturaleza humana bien poniendo el orden sobrenatural al alcance del libre albedrío o no reconociendo la herida del pecado (5).

La solución católica implícita en las respuestas anteriores, explicitada en Trento y en numerosas ocasiones es la siguiente:

(3) «Estamos firmemente convencidos de que la teoría sobre la que se funda la negación de Dios es fundamentalmente errónea, no responde a las exigencias últimas e inderogables del pensamiento, priva al orden racional del mundo de sus bases auténticas y fecundas, introduce en la vida humana no una fórmula de solución, sino un dogma ciego que la degrada y la aflige; debilita de raíz todo sistema social que sobre ella pretende fundarse.»

«...Estas son las razones que nos obligan, como han obligado a nuestros predecesores, y con ellos a cuantos aman de corazón los valores religiosos, a condenar los sistemas ideológicos que niegan a Dios y oprimen a la Iglesia; sistemas frecuentemente identificados con regímenes económicos, sociales y políticos, y entre ellos especialmente el comunismo ateo». (*Ecclesiam suam*, n. 93-94, Pablo VI, 1964).

(4) «El hombre logra esta dignidad cuando, liberado totalmente de la cautividad de las pasiones, tiende a su fin con la libre elección del bien y se procura medios adecuados para ello con eficacia y esfuerzo crecientes. La libertad humana, herida por el pecado, para dar la máxima eficacia a esta ordenación a Dios, ha de apoyarse *necesariamente* en la gracia de Dios» (*Gaudium et Spes*, Vaticano II, n. 17).

(5) D. 174. Concilio de Orange.

Can. 1. Si alguno dice que por el pecado de prevaricación de Adán no «*fué mudado*» todo el hombre, es decir, según el

El pecado original es un hecho. El hombre en el estado actual (caído y redimido) se encuentra sin dones preternaturales ni sobrenaturales, éstas hasta el bautismo, y con la naturaleza herida y atenuada en sus fuerzas; atraído por la concupiscencia.

Pero al mismo tiempo hay que afirmar que la naturaleza humana es buena, sólo el desorden es malo; que el hombre es libre a pesar de sus malas inclinaciones. Que es capaz de realizar acciones morales honestas.

Lo que hemos aplicado a cada persona, podemos aplicarlo a la sociedad. Que el pecado original aparte de sus consecuencias en cada individuo, tiene una repercusión social es innegable. Que los hombres en sociedad pueden realizar muchos de sus fines también lo es. Pero digámoslo completo.

El hombre puede hacer muchas cosas buenas por sí mismo para ello es necesario que tenga unos principios morales que orienten su actuación hacia fines honestos.

La sociedad, por lo mismo, puede conseguir muchos de sus fines si está fundada sobre principios morales verdaderos.

En posición antitética de ésta está por ejemplo la de Lutero y Bayo. Estos niegan toda posibilidad de obrar bien al hombre. La razón está al servicio de Satanás y el libre albedrío sólo sirve para pecar según ellos (6).

Pero de la misma manera que el hombre no puede alcanzar todo el bien moral honesto sin ayuda de la gracia debido a la herida del peca-

cuerpo y el alma en peor, sino que cree que quedando ileso la libertad del alma, sólo el cuerpo está sujeto a la corrupción, engañado por el error de Pelagio, se opone a la Escritura, que dice: El alma que pecare, ésa morirá (Ez. 18-20), y: ¿No sabéis que si os entregáis a uno por esclavos para obedecerle, esclavos sois de aquel a quien os sujetáis? (Rom. 6-16). Y: Por quien uno es vencido, para esclavo suyo es destinado. (2 Petr. 2-19).

(6) V Concilio de Letrán. Errores de Martín Lutero.

«El justo peca en toda obra buena» (D. 771).

«El libre albedrío después del pecado es cosa de mero nombre; y mientras hace lo que está de su parte, peca mortalmente» (D. 776).

San Pío V. Errores de Miguel Bayo.

«Todas las obras de los infieles son pecados y las virtudes de los filósofos son vicios» (D. 1025).

«El libre albedrío, sin la ayuda de la gracia de Dios, no vale sino para pecar» (D. 1027).

do (7), la sociedad se ve incapaz de alcanzar la plenitud de sus fines sin el reconocimiento de la Realeza de Nuestro Señor.

Como decía S. Tomás (lq lal), y, repite el Vaticano I la Revelación también nos propone para creer cosas que de suyo son accesibles a la razón (como la existencia de Dios) para que «pueda ser conocido por todos, aun en la condición presente del género humano, de modo fácil, con firme certeza y sin mezcla de error alguno».

De la misma manera la Iglesia siempre y hoy más que nunca proclama íntegramente la defen-

sa de la ley natural, y las condiciones de posibilidad de un orden social, aun siendo temas que están al alcance de la razón humana.

Así podemos entender que Juan XXIII afirme casi al final de la «Pacem in terris»:

«Débese, sin embargo, tener en cuenta que la grandeza y la sublimidad de esta empresa son tales, que su realización no puede en modo alguno obtenerse por las solas fuerzas naturales del hombre, aunque esté movido por una buena y loable voluntad. Para que la sociedad humana constituya un reflejo lo más perfecto posible del reino de Dios, es de todo punto necesario el auxilio sobrenatural del cielo» (n. 168).

Concluyamos pues resumiendo lo dicho. La única solución es «la paz de Cristo en el reino de Cristo». La aceptación del auxilio de Dios que nos viene a través de la Iglesia. Sólo ella puede ser madre y maestra de los pueblos.

La sociedad humana sólo, podría alcanzar muchos de sus fines, aunque no todos, ni de una manera completa, por sí misma. Pero si esto es posible bajo las directrices de verdaderos principios morales, hoy en día está cada vez más lejano humanamente considerado por la proliferación de ideologías naturalistas y materialistas que destruyen la posibilidad del mismo orden natural.

(7) Santo Tomás, S.T. I-II q. 109.a.2.

«... en el estado de naturaleza íntegra, en cuanto a la suficiencia de su virtud operativa, podía el hombre —por sus fuerzas naturales— querer y obrar el bien proporcionado a su naturaleza, cual es el bien de la virtud adquirida, aunque no un bien superior, como el bien de la virtud infusa; pero en el estado de naturaleza caída es deficiente también en lo que puede según su naturaleza, de manera que no le es posible obrar el bien en toda su amplitud con las solas fuerzas naturales. Sin embargo, como la naturaleza humana no está de tal modo corrompida por el pecado que esté privada de todo bien de la naturaleza, puede uno —también en el estado de naturaleza caída—, por virtud de su naturaleza, hacer algún bien particular, como edificar casas, plantas viñas y otras cosas semejantes, pero no todo el bien que le es connatural, hasta el punto de que en ninguna cosa sea deficiente.»



«La celebración anual de la fiesta de Cristo Rey será advertencia para las naciones de que el deber de venerar públicamente a Cristo y de obedecerle se refiere no sólo a los particulares, sino también a todos los gobernantes y magistrados; traerá a éstos el pensamiento del juicio final, en el cual Cristo, arrojado de la sociedad o ignorado y despreciado en ella, vengará acerbamente tantas injurias recibidas; puesto que su dignidad real exige que toda la sociedad se conforme a los divinos preceptos en el establecimiento de las leyes, en la administración de la justicia, en la educación de la juventud en la sana doctrina y en la santidad de las costumbres.»

De la necesidad de la religión para la conservación del orden natural

IGNACIO AZCOAGA BENGOCHEA

La lectura pausada del célebre pasaje de S. Pablo a los Romanos, en el que dedica un texto sobrecogedor a los gentiles (los no conocedores de la ley mosaica), nos mueve a hacer algunas consideraciones de gran actualidad.

En el capítulo 1.º versículos 19 a 23, en el que trata sobre la cognoscibilidad natural de la existencia de Dios y atributos a través de su obra creadora, al no excusar el desconocimiento de la existencia de Dios, tampoco excusa la irreligiosidad de los gentiles.

«De manera que son inexcusables, por cuanto, conociendo a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se entontecieron en sus razonamientos, viniendo a oscurecerse su insensato corazón; y alardeando de sabios, se hicieron necios, y trocaron la gloria del Dios incorruptible por la semejanza de la imagen del hombre corruptible, y de aves, cuadrúpedos y reptiles» (S. Pablo a Rom. 1, 19-23).

La no glorificación de Dios ni la acción de gracias, actos propios de la virtud de la religión, es decir, la irreligiosidad fundada en una inexcusable negación racional de la existencia de Dios llevó a la gentilidad (en este caso S. Pablo se está dirigiendo a la Roma pagana, babilona de la carne) a cambiar la gloria y culto al Dios verdadero por el culto al hombre y animales divinizados.

Este culto idolátrico es el que algunos pensadores modernos lo pretenden confundir con la auténtica religión y es el culto mágico en lo que llaman también el estadio mágico de la humanidad, que no es sino en lo que cayó el hombre por no querer reconocer al único Dios y Señor de cielos y tierra.

Si este hecho de la idolatría resulta ser para el creyente sobrecogedor y digno de lástima, mucho más llamativas son las consecuencias que se derivan como señala San Pablo en los versículos siguientes:

«Por lo cual les entregó Dios a las pasiones vergonzosas, pues las mujeres mudaron el uso natural en uso contra naturaleza; e igualmente los varones dejando el uso natural de la mujer,

se abrazaron en la concupiscencia de unos por otros, los varones de los varones cometiendo torpezas y recibiendo en sí mismos el pago debido a su extravío.

»Y como no procuraron conocer a Dios, Dios les entregó a su réprobo sentir, que les llevó a cometer torpezas, y a llenarse de toda injusticia, avaricia, maldad; llenos de envidia, dados a homicidios, a contiendas, a engaños, a malignidad; chismosos o calumniadores, abominadores de Dios, ultrajadores, orgullosos, fanfarrones, inventores de maldades, rebeldes a los padres, insensatos, desleales, desamorados, despiadados, los cuales conociendo la sentencia de Dios, que quienes hacen tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que aplauden a quienes las hacen» (S. Pablo a Rom. 1, 26-32).

Este texto, analizado desde una perspectiva liberal y con mentalidad de psicólogo moderno, haría exclamar a más de uno que San Pablo, dado su carácter apasionado, exageraba; pero lo cierto es que San Pablo en aquel caso se limitó a describir sin más lo que pasaba en aquella sociedad, como hoy día el Concilio Vaticano II en la Constitución *Gaudium et Spes*, refiriéndose a la situación del mundo actual, nos dice que «la negación de Dios o de la religión, no constituyen, como en épocas pasadas, un hecho insólito o individual».

«En muchas regiones esa negación se encuentra expresada no sólo en niveles filosóficos, sino que inspira ampliamente la literatura, el arte, la interpretación de las ciencias humanas y de la historia y la misma legislación civil» (Conc. Vaticano II *Gaudium et Spes*, n.º 7).

Y pasa a continuación a indicarnos las consecuencias que se derivan de este hecho.

«Aparecen discrepancias en la familia, debidas ya al peso de las condiciones demográficas, económicas y sociales, ya a los conflictos de las generaciones, ya a las nuevas relaciones sociales entre los dos sexos.

Nacen también grandes discrepancias raciales y sociales de todo género. Discrepancias, por último, entre las instituciones internacionales, nacidas

de la aspiración de los pueblos a la paz, y las ambiciones puestas al servicio de la expansión de la propia ideología o los egoísmos colectivos existentes en las naciones y en otras entidades sociales» (*Gaudieu et Spes*, n.º 8).

Lo que no cabe duda es que en el texto de San Pablo, además de referirnos un hecho histórico lo que hace es dar una enseñanza de valor universal.

Un pueblo, una nación que quiere desconocer la existencia de Dios, naturalmente cognoscible y por lo tanto su deber de glorificación y gratitud para con El, desemboca en una legislación desordenada e incluso contraria a la Ley eterna y como consecuencia en los vicios y el caos social.

Lo que San Pablo no dice (porque todavía no se había dado el caso) es hasta dónde podría llegar un pueblo que habiendo conocido a Dios y su Revelación abrazada por la Fe, que habiendo legislado de acuerdo con su ley y que habiéndole dado por tanto culto de glorificación y gratitud, apostata y se aparta de El. Pero, claro está, en vista de lo sucedido a los gentiles, que no habían recibido aún la Revelación, podríamos imaginarlo.

Al leer estos fragmentos de la epístola a los Romanos, a uno, sin querer, le vienen a la cabeza situaciones paralelas en el mundo de hoy; la legislación de la homosexualidad por el Parlamento inglés y la petición de lo mismo por grupos de otros países recuerda a «los varones dejando el uso natural de la mujer, se abrasaron en concupiscencia de unos por otros, los varones de los varones» (y se supone que esto en el sexo débil con la emancipación feminista será una de las recetas a lograr por tal movimiento).

Igualmente la legalización del aborto en tantísimos países y el planteamiento de petición en muchos de tradición muy cristiana mediante campañas organizadas de mentalización de la opinión pública; «dados al homicidio». Y el uso o mejor abuso de los medios de comunicación social para desprestigio en ocasiones injusto de personas (contra la persona misma del Papa); «Chismosos o calumniadores». La proliferación de obras de teatro, libros y películas blasfemas, «abominadores de Dios». El refinamiento de orgías de la alta sociedad en muchos países: «inventores de maldades». Los conflictos generacionales instigados y alentados desde posiciones filosóficas y coreados por los medios de comunicación social: «rebeldes a los padres». La creciente legalización del divorcio y las campañas divorcistas: «desamorados».

Los crecientes abusos a la propiedad privada, a la paz ciudadana y al respeto a la integridad personal: «ultrajadores, orgullosos, fanfarrones, despiadados».

Y finalmente el consenso público y la aprobación social de tales hechos con el placet de muchas personas de gran responsabilidad, «no sólo las hacen, sino que aplauden a quienes las hacen».

Estas consecuencias de la negación pública del deber religioso del hombre para con Dios que engendra toda esa serie de males, no termina con eso, ya que llega hasta el desorden de toda sociedad y por lo tanto a la pérdida de la paz social nacional e internacional.

El retirar los signos externos religiosos de una sociedad en nombre de un falso irenismo, colabora a la irreligiosidad y por lo tanto a la corrupción de la misma y a alejarla de su fin propio natural que es la paz y concordia entre los ciudadanos.

Estamos llegando por este camino a una sociedad internacional en la que, del negar el carácter religioso del hombre y el reconocimiento debido a Dios, se llega a que el hombre se aleje de su fin propio natural y que las cosas más normales y sencillas del orden natural no se puedan lograr.

Así los profesores no pueden enseñar, los alumnos no pueden estudiar, los esposos no aman a sus esposas, los hijos no respetan a sus padres, el que quiere trabajar no puede hacerlo, el que quiere ahorrar no puede, el matrimonio que quiere tener hijos le es imposible, etc.

Hasta que la sociedad no se estructure de acuerdo con la ley eterna y no se reconozca por tanto a Dios como Autor y Señor de la misma, el orden natural queda desintegrado y sin poder conseguir sus propios fines.

No creamos, pues, que lo que vemos a nuestro alrededor es fruto de la casualidad o de fuerzas ciegas evolutivas. La naturaleza humana es una, y sabemos que la integridad del orden natural y social del hombre sólo se puede lograr siguiendo el camino trazado por Dios, antes de la sociedad.

Solamente la sociedad logrará la paz y bienestar si reconoce a Cristo como Rey y Señor de toda la creación.

No podemos olvidar que la Iglesia tiene perennemente la esperanza de que algún día todas las naciones reconocerán a Cristo como Señor y Autor de las mismas y entonces se dará la plenitud y sobreabundará la paz y bienestar en las mismas, que es el propio fin natural de ellas.

Si «Dios no existe»... el mal es obligatorio

JOSÉ M.^a PETIT SULLA

La bondad y sabiduría de Dios están de tal manera manifestadas en sus obras que no puede rechazarse a Dios sin negar a la vez toda la relativa perfección y bondad que hay en las obras de su creación en tanto que participan en alguna medida de la infinita bondad y sabiduría divinas. Siendo el hombre la más semejante a Dios de cuantas criaturas hay en la naturaleza, la más justa apreciación del hombre, la más digna y elevada, sólo ha sido plenamente reconocida por la filosofía cristiana. De ahí también que la política en ella inspirada haya sido la que mejor reconoce y respeta los derechos del hombre.

La explícita intención de negar a Dios, creador, providente y fin último del hombre no sólo ha ofuscado la realidad de sus obras sino que ha hecho que éstas fueran juzgadas por el ateísmo postulativo como realidades a superar enfrentándose con ellas. La condenación del mundo gentil como culpable de su desconocimiento de Dios que hace San Pablo en su carta a los romanos se fundamenta en que «los atributos invisibles de Dios resultan visibles por la creación del mundo, al ser percibidos por la inteligencia» (c. 1, v. 20), lo cual supone que la inteligencia humana está naturalmente capacitada para juzgar de la perfección que, según su especie, hay en cada cosa creada. Por lo mismo, el ateísmo radical tiene que comenzar, para no elevarse al pensamiento de Dios, por negar la perfección y bondad de cada criatura.

Aunque parezca que tal conclusión es forzada, desde la perspectiva de un cierto agnosticismo que procede de la Ilustración y de Kant, que se reflejaban en un vago teísmo filosófico y en una moral «natural», no lo es si se juzga en la perspectiva de la filosofía atea contemporánea tal como se encuentra, por ejemplo, en Marx, Nietzsche y Freud. Basta, para comprobarlo, acercarse a la lectura de estos filósofos deslindando de su contenido intrínseco aquellas concesiones humanitarias y que tienen únicamente una motivación política, de pequeña o de gran envergadura.

Pero cuando el proceso de negación de la criatura para rechazar al Creador, en oposición a las palabras del salmista: «Cuán grandes son tus obras, ¡Oh Yahveh!» (s. 91,6), «¡Cuán numerosas son, Yahveh, tus obras! Todas hiciste con sabiduría» (s. 103,24), llega a consumarse en la negación de Dios, entonces se produce lógicamente el proceso inverso, esto es, de la no existencia de Dios se infiere que debe amarse más aquello que se le opone. Si no existe el Sumo Ser, la Suma Verdad y la Suma Bondad cualquier forma finita de ser, de verdad y de bondad son vistas como la constatación de la finitud radical, y la respectiva «conformación» respecto a ellas es juzgada como aceptación de la finitud, esto es, como alienación del hombre. No sólo está alienado el hombre que cree en Dios sino todo aquel que se conforma con la misma realidad natural.

Si Dios no existe, el ansia de infinitud que condiciona al hombre, y en cierto modo le define, sólo puede ser llenada por la negatividad de toda realidad finita. Ahora bien, siendo las cosas creadas, y el hombre mismo entre ellas, la manifestación de algún grado de perfección, la ne-

gatividad toma el carácter de rebelión contra toda forma de ser, de verdad y de bondad. En el fondo de toda rebelión como sistema está la afirmación, en verdad satánica, de la preeminencia del no ser, de la mentira y del mal. Tal conclusión la usó Ramón Llull para probar, por reducción al absurdo, la existencia de Dios: «Si Dios no es, se sigue que sea amable su privación y que sea odiable su ser... de donde se sigue naturalmente que el bien es odiable y el mal amable, y que los mayores males son más amables que los menores; y esto es imposible, según la experiencia que tenemos de ello y que es razón natural» (Arbre de Scienza, VI, 1, pág. 44, Obras de Ramón Llull, Palma de Mallorca, 1923).

Lo que Ramón Llull intuyó de forma genial, lo podemos hoy ver constatado en la filosofía anticristiana de Nietzsche, con la brutalidad que le permite su escasísimo interés político por enmascarar la crudeza de su pensamiento. En este autor, seguramente el más explícitamente anticristiano, puede seguirse el pensamiento contemporáneo dejando de lado las hipocresías que engendran el deseo de la popularidad. Significa ello que Nietzsche es la más perfecta encarnación del pensamiento y de la praxis del ateísmo contemporáneo en esta época en que predomina como nunca el espíritu del Anticristo.

Exponemos a continuación, un conjunto de pensamientos de las obras póstumas de Nietzsche, para constatar esta realidad del «humanismo» ateo y de una moral anticristiana:

«Yo quiero restituir al hombre, como propiedad suya, como producción suya, toda la belleza y sublimidad que ha proyectado sobre las cosas reales e imaginadas para hacer de este modo su más bella apología» (*La voluntad de dominio*, L. II, 1, n.º 135, pág. 83, Obras completas, Aguilar, Madrid, 1932).

* * *

«El hombre es un animal lleno de doblez, de mentira, de artificio, de disimulo, siniestro y terrorífico por su prudencia y astucia para los demás animales; en cuanto moraliza se muestra superficial» (*Filosofía General*, pág. 172).

* * *

«Yo he declarado la guerra al clorótico ideal cristiano (con todo lo que a él es afín)... para poner fin a su tiranía y dejar libre el campo para nuevos ideales, para ideales más robustos» (*La Voluntad de dominio*, n.º 361, pág. 208).

* * *

«EL CAMINO DE LA LIBERTAD. — Cercenarse el pasado (contra la patria, la fe de los antepasados, de los contemporáneos); el comercio con los “rechazados” de todo género (en la historia y en la sociedad); derribar lo más sagrado, afirmar lo más prohibido: el placer de hacer daño, en grande estilo, en vez del respeto; cometer toda clase de crímenes; tentativa de nuevas valoraciones» (*Filosofía General*, pág. 27).

«Se ha llamado Dios a todo lo que debilita, a todo lo que predica la debilidad, a todo lo que contagia la debilidad... Hay que guardar respeto a la "fatalidad"; la fatalidad que dice a los débiles "¡desapareced!"» (*La voluntad de Dominio*, n.º 54, pág. 35).

* * *

«La fe en nosotros mismos es la más fuerte cadena y el más fuerte latigazo y las más poderosas alas. El cristianismo debería haber elevado a artículo de fe la inocencia del hombre; los hombres, entonces, hubieran llegado a ser dioses» (*ibid.* n.º 149, pág. 94).

* * *

«Yo considero al cristianismo como la más nefasta mentira de seducción que haya existido hasta el presente, como la gran mentira impía; yo discierno las ramas y los últimos brotes de su ideal bajo todos los demás disfraces, yo rechazo toda clase de compromiso con él, todas las posiciones falsas; yo predico la guerra contra él» (*ibid.*, n.º 200, pág. 119).

* * *

«El "sujeto" no es más que una ficción: no existe el "ego" de que se habla cuando se censura el egoísmo» (*ibid.*, n.º 370, pág. 211).

* * *

«Siempre quedará por demostrar que el veraz tenga más valor moral que el engañador en lo que se refiere al gobierno de la humanidad. Todos los grandes y poderosos han sido aquí engañadores: su misión así lo exigía» (*Filosofía General*, pág. 18).

* * *

«¿Dónde iría yo a buscar, con alguna esperanza filosófica de mi estilo, por lo menos filósofos que respondieran a mis exigencias? Solamente allí donde reinase una manera de pensar aristocrática, que considerase la esclavitud y otra cualquier clase de dependencia como un supuesto de toda alta cultura; donde reinase una manera de pensar creadora que no viese en el mundo un lugar de paz, el "sábado de todos los sábados" sino ahora, y en estado de paz, el medio para la guerra. Una manera de pensar que mirase al futuro y tratase el presente con dureza y tiranía; una manera de pensar sin escrúpulos, inmoral, que quisiese administrar en grande las buenas y malas cualidades del hombre, porque confía en saber emplearlas diestramente» (*La voluntad de Dominio*, n.º 464, página 271).

* * *

«No hay ni "espíritu", ni razón, ni pensamiento, ni conciencia, ni alma, ni voluntad, ni verdad: éstas no son más que ficciones inútiles» (*ibid.*, n.º 480, pág. 281).

«(Los cristianos) se trata de la más funesta manía de grandeza que ha habido hasta el presente sobre la tierra; si estos pequeños abortos mentirosos, estos cazurros comienzas a acaparar para ellos las palabras “Dios”, “juicio final”, “verdad”, “amor”, “sabiduría”, “Espíritu Santo”, y se sirven de ellas para fortificarse contra el mundo; si esta especie de hombre comienza a retorcer los valores según sus propias miras, como si fueran éstas a las que pcorrespondiese ser el sentido, la medida, el peso de todo el resto, sería preciso construir casas de locos para ellos y no hacer otra cosa. El haberlos perseguido fue una antigua estupidez del gran estilo, fue tomarles demasiado en serio, fue darles importancia» (*ibid.*, n.º 202, pág. 120).

* * *

«El que, como buen conocedor, ha conocido que así como estamos sometidos a la ley del crecimiento, también lo estamos a la de la muerte, y que sobre todo lo nacido y creado rige un destino destructor, debe aprender a soportar esta idea con cierto júbilo. Es decir, debe ser capaz de ir a cierta crueldad refinada para afrontarla con corazón animoso. Cuando su fuerza está aún más alta en la categoría de las fuerzas, entonces es ya un creador y no en mero espectador: Así, no basta que sea capaz de ser cruel a la vista del dolor, de la destrucción y de la muerte: un individuo de esta especie debe ser cruel no sólo con los ojos del espíritu, sino con la mano y con la acción» (*Filosofía General*, pág. 29).

* * *

«El cristiano, la especie de hombre más ingenua y más atrasada, busca el origen de la esperanza, de la tranquilidad, el sentimiento de “redención” en una inspiración psicológica de Dios» (*La voluntad de Dominio*, n.º 135, pág. 83-84).

* * *

«Me complace el desarrollo militar de Europa y también su anárquico estado interior; los tiempos de tranquilidad y de modorra china que Galigni anunciaba para este siglo pasado. La destreza viril, personal, la aptitud del cuerpo recupera otra vez su valor, las valoraciones van siendo más físicas, la alimentación más carnívora. Otra vez van a ser posibles los hombres bellos. La cadavérica hipocresía (con mandarines al frente, como la soñaba Comte) ha pasado. En cada uno de nosotros se va afirmando el bárbaro y el animal feroz» (*ibid.*, n.º 127, pág. 76-77).

* * *

«¡Guerra contra el ideal cristiano, contra la doctrina de la “santidad” y de la “salvación” como fin de la vida, contra la supremacía de los pobres de espíritu, de los corazones puros, de los que sufren y de los que lloran!» (*ibid.*, n.º 217, pág. 131).

«La ventaja de estos tiempos: “Nada es verdad, todo es lícito”» (*Filosofía General*, pág. 274).

* * *

«“Deshumanización” es una palabra llena de prejuicios y suena en mis oídos casi de modo contrario que en los vuestros» (*ibid.*, pág. 174).

* * *

«El juicio “bueno” se manifiesta en nosotros como gusto: tan tiránico y seguro como el gusto por los pepinillos en vinagre o el disgusto que me produce tener a mi lado un hombre que escupe» (*ibid.*, pág. 173).

* * *

«Los sentimientos agradables y entusiastas de altruismo, etc., deben ser criticados sin piedad; en sí, las gotas que contienen de agrado y entusiasmo no son un argumento en su favor, sino un elemento de seducción» (*ibid.*, pág. 158).

* * *

«Bastante grande para adorar lo despreciado: bastante espiritual para comprender el cuerpo como lo más perfecto: ¡éste es el porvenir de la moral!» (*ibid.*, pág. 148).

* * *

«Las grandes falsificaciones de los psicólogos: el hombre tiende a la felicidad» (*ibid.*, pág. 144).

* * *

«Lo que se apellida una “buena acción” es un mero error; tales acciones no son posibles de ningún modo» (*ibid.*, pág. 134).

* * *

«El desarrollo de la codicia, de la mentira y el disimulo, de la crueldad, de la lujuria, de la desconfianza, de la dureza, del deseo de dominio de las cosas, de alto valor» (*ibid.*, pág. 134).

* * *

«Puesto que el odio, la envidia, los apetitos, la cólera, el deseo de dominio todavía existen hay que presumir que tienen sus funciones de conservación. Y el “hombre bueno” —sin los afectos poderosos del odio, de la inclinación del desprecio, sin enemistad— es una degeneración o un autoengaño» (*ibid.*, pág. 133).

* * *

«La creencia en el ser se afirma solamente como una consecuencia: el verdadero móvil primero es la falta de fe en el devenir, la desconfianza respecto del devenir, el desprecio del devenir...

»¿Qué clase de hombre razona así? Una especie improductiva y doliente, una especie fatigada de la vida. Si imaginamos la especie de hombres contraria, ésta no tendría necesidad de la creencia en el ser: mejor aún, despreciaría al ser como algo muerto, enojoso, indiferente» (*La voluntad de Dominio*, n.º 585, pág. 336).

DIAGNOSTICO DE NUESTRO TIEMPO

Crepúsculo de nuestra cultura

Pitirim Alexandrovich Sorokin (1889-1958) fue el primer profesor de Sociología en la Universidad de San Petersburgo. Durante la época de los zares se distinguió por sus actividades políticas revolucionarias dirigiendo el periódico Volia Naroda. Durante la primera etapa de la revolución rusa ocupó el cargo de Secretario del primer ministro Kerensky. En 1922 fue expulsado de la Unión Soviética por su oposición al régimen bolchevique, emigrando a Estados Unidos, donde desarrolló su docencia en las Universidades de Minnesota y Harvard. La experiencia de la revolución rusa le hizo romper radicalmente con su visión progresista de la historia fundada en el desarrollo material. Las páginas que ofrecemos a continuación pertenecen a su libro "Dinámica social y cultural", escrito en 1937, del que en 1958 hizo una reedición abreviada con el fin de que fuera traducida al español. Constituyen un impresionante y al mismo tiempo real diagnóstico sobre las tendencias de nuestra civilización.

El actual estado de la occidental cultura y sociedad nos da un trágico espectro del comienzo de la desintegración de su sensualista super-sistema. Por tanto, su más próximo futuro, medido en años y aún en unas pocas décadas, ha de pasar bajo el signo del *dies irae dies illa...* Haremos una breve enumeración de las tendencias que prevalecen en este período.

1. Los valores sensualistas serán todavía más relativos y atomistas hasta llegar a quedar reducidos a polvo, carentes de todo universal reconocimiento y poder vinculante. La línea divisoria entre lo verdadero y lo falso, lo acertado y lo erróneo, lo bello y lo feo, los valores positivos y los negativos, irá borrándose progresivamente hasta que la anarquía mental, moral, estética y social reine como suprema.

2. Estos cada vez más atomizados valores sensuales, incluyendo el hombre mismo, seguirán progresivamente rebajando, haciéndose sensuales

y materiales, carentes de todo carácter divino, sacro y absoluto. Se hundirán cada vez más en el fango de las sentinas socioculturales. Se irán haciendo cada vez más destructivos y menos constructivos, representando en su conjunto un museo de patología sociocultural mejor que los imperecederos valores del Reino de Dios. La mentalidad sensualista cada vez más, interpretará el hombre y todos los valores «de un modo fisicoquímico», «biológico», «reflexológico», «endocrinológico», «conductivista», «económico», «psicoanalítico», «mecanicista», «materialista», como un universo de átomos y electro-protones con humanos *robots* comprendidos en su inmenso tejido.

3. Con todos, con todos los valores atomizados, cualquier genuina, autorizada y vinculante «opinión pública» y «conciencia del mundo» tenderá que desaparecer. Su puesto ha de ser ocupado por una multitud de «contradictorias opiniones» de facciones carentes de escrúpulos y por las «pseudoconciencias» de los grupos de presión.

4. Los contratos y convenios perderán los últimos restos de su poder vinculante. El magnífico contractual edificio sociocultural construido por el hombre occidental durante las centurias precedentes, se derrumbará. Con su desmoronamiento desaparecerán la democracia contractual, el capitalismo contractualista, incluso la propiedad privada y la contractual libre sociedad de hombres libres.

5. La fuerza bruta y el más cínico fraude llegarán a ser los únicos árbitros de todos los valores y de todas las relaciones interindividuales e intergrupales. La fuerza pasará a ser el derecho y como consecuencia se darán frecuentes guerras, revoluciones, revueltas, perturbaciones, y habrá una desenfadada brutalidad. Será realidad la *bellum omnium contra omnes*, así individuo contra individuo, y clase, nación, credo y raza contra clase, nación, credo y raza.

6. La libertad llegará a ser simple mito para la mayoría y se convertirá en desenfadada licencia para la minoría dominante. Habrá despojo de los derechos inalienables; las Declaraciones de Derechos serán abolidas o se emplearán sólo como hermosos disfraces para una pura coacción.

7. Los Gobiernos serán cada vez más torpes, fraudulentos y tiránicos, dando bombas en vez de pan; muerte en vez de libertad; violencia en vez de derecho; destrucción en vez de creación. Se irán haciendo cada vez de más corta duración, inestables y amenazados de posición.

8. La familia, como sagrada unión de marido y esposa, de padres e hijos, continuará desintegrándose. Los divorcios y las separaciones irán aumentando hasta el extremo de desaparecer toda profunda diferencia entre matrimonios socialmente sancionados y las relaciones sexuales ilícitas. Los niños cada vez más temprano serán separados de sus padres. Las principales funciones socioculturales de la familia se irán aminorando hasta que ésta quede reducida a una simple e incidental cohabitación de varón y hembra, mientras que el hogar pasa a ser un lugar donde se pernocta, principalmente para las relaciones sexuales.

9. El sensualista supersistema de nuestra cultura debe hacerse progresivamente un informe «vaciado cultural» penetrado por el sincretismo

de elementos culturales no asimilados, carentes de toda unidad e individualidad. Convirtiéndose en un tal bazar llega a ser presa de azarosas fuerzas que lo hacen un «objeto de historia» en vez de su autocontrolado y vivo sujeto.

10. Su potencia creadora continuará menguando y haciéndose cada vez menos lúcida. El lugar de los Galileo y Newton, Leibnitz y Darwin, Kant y Hegel, los Bach y Beethoven, los Shakespeare y Dante, los Rafael y Rembrandt, irá siendo progresivamente ocupado por una multitud de mediocres pseudo-pensadores, autores de ciencia, de música, pintura, literatura, teatro, grupos todos a cual más vulgar. El puesto de la moral del imperativo categórico irá siendo progresivamente ocupado por los divisas atomísticas y hedonistas de la egoísta utilidad, fanatismo, fraude y compulsión, el cristianismo grande será reemplazado por una multitud de las más atroces mezclas de ciencia, trozos de filosofía incorporados en la aún no elaborada masa de mágicas creencias e ignorantes supersticiones. Las invenciones tecnológicas constructivas serán progresivamente suplantadas por las destructivas. Más específicamente:

a) El cuantitativo colosalismo sustituirá al refinamiento cualitativo; «lo más grande a lo mejor»; el *Best-seller* al clásico; la brillante exterioridad al valor interno; la técnica al genio; la imitación a la creación; el golpe de efecto sensacional al valor duradero; «la manipulación operativa» a la intuición iluminadora.

b) El pensamiento será reemplazado por «—Información, hágame el favor»; los sabios por lindos Alejandritos; los criterios reales por criterios falseados; los grandes líderes por engañadores.

c) Hasta los más grandes valores culturales del pasado se degradarán. Los Beethoven y Bach pasarán a ser simple elemento en las llamativas rapsodias publicitarias de laxantes, pastillas, galletas, cerveza y otros materiales productos. Los Miguel Angel y Rembrandt servirán para adornar las envolturas de jabones y hojas de afeitar, máquinas lavadoras y botellas de whisky. Informadores de la prensa y locutores de la radio tendrán la condescendencia de honrar a los Shakespeare y Goethe permitiéndoles «hacer una línea» en sus periódicos o charlas.

11. Con la creciente anarquía moral, mental y social y la decreciente potencialidad creadora de la mentalidad sensualista, la producción de los valores materiales declinará, las depresiones se irán haciendo cada vez mayores y el material nivel de vida descenderá.

12. Por las mismas razones, la seguridad de vidas y en el disfrute de los bienes materiales estará amenazada. Y con ella la tranquilidad de

espíritu y la felicidad. Aumentarán los suicidios, las enfermedades mentales y la delincuencia. El tedio se irá extendiendo cada vez más por la sociedad.

13. La sociedad progresivamente se irá escindiendo en dos tipos: los sensuales hedonistas con su «come, bebe y ama, pues mañana morirás»; y por otra parte, en ascetas y estoicos indiferentes y antagónicos a los valores sensuales.

(Sorokin, *Dinámica social y cultural*, T. II, págs. 1375- 1377.)

LAS CALAMIDADES ACTUALES MOTIVO DE ESPERANZA

«El hombre experimenta una lamentable tendencia a intentar todos los recursos imaginables para hacerse feliz por sí mismo, antes de aceptar la felicidad que su Dios le ofrece. Pero no es menos cierto que quiere ser feliz a cualquier precio, y que si llega a convencerse de que cuantos intentos haga para prescindir de Dios no hacen más que alejarle de la felicidad que busca irresistiblemente, forzosamente ha de acabar por entrar en el único camino que permanece abierto. Ahora bien, parece que esta convicción debe ser el necesario resultado de las rebeliones pasadas y presentes de la sociedad contra la Iglesia; he ahí porqué muy lejos de ver en ellas un motivo para desesperar en lo porvenir, vemos por el contrario un motivo de esperanza.»

(Enrique Ramière, «Las Esperanzas de la Iglesia», pág. 105)

Herencia de enigmas para el año 1973

D. Manuel Aznar, en "La Vanguardia Española" del 31 de diciembre de 1972 publicó el artículo que reproducimos. Su lectura es una meditación de renovada actualidad.

En estos días que tan insistentemente nos invitan a meditar, ¿no te sientes, lector amigo, como rodeado de enigmas? El año 1972 deja a 1973 una herencia alucinante; un mundo de sombras; un horizonte de misterios. Paulo VI acaba de hablarnos del «abrumador pensamiento de la paz». ¡Cómo debe de ser la situación de las almas para que el Santo Padre, guardián de la verdad revelada, se sienta abrumado, abatido, postrado, a fuerza de pensar en la imposible paz entre los hombres. Pensar sin que el pensamiento pase de ser una quimera cruel. Anhelar la paz viendo cómo el anhelo se transforma en engaño. El Papa vuelve la mirada, uno y otro día, hacia todos los paisajes, y no encuentra descanso para sus ojos. El único descanso posible es el que nos ofrece el orden sobrenatural. No existe sosiego fuera de Dios. No hay esperanza cierta en la política, ni en la economía. La convivencia humana es un pobre mito. Hasta del recinto espiritual de las Iglesias ha huido la paz. Los creyentes, cuanto más profunda es su fe, más sometidos se sienten a pruebas conturbadoras. Nuestra Iglesia Católica, Apostólica y Romana no es la que sufre menos. Acaso sus amarguras son, en estos momentos, más difíciles de sobrellevar. Todos los que a ella vivimos acogidos, y a su magisterio nos sujetamos, conocemos el incesante combate que hay que afrontar para seguir ordenando nuestra existencia de acuerdo con la Fe, con la Esperanza y con la Caridad. En otros tiempos, los guías o directores de almas eran fuente de confortación segura y abundante. Ahora, muchos de ellos necesitan de tal manera ser confortados en sí mismos que apenas se atreven a descifrar nuestras inquietudes y a procurarnos el necesario consuelo. La inmensa crisis de las religiones acrecienta y agrava los enigmas del hombre. A mi paupérrimo juicio —ya voy siendo un creyente de catacumba, ingenuo y elemental— Paulo VI ha pronunciado la palabra más alentadora; la que pueda restaurar en su plena vigencia la virtud de la Esperanza. Frente al «proceso contagioso de insatisfacción

general y patológica que ha invadido a la generación actual» nos anuncia «el renacimiento de la vida contemplativa en la Iglesia» y declara que ese «renacimiento será la señal del reino de la paz». O sea: la Iglesia de la Santidad como respuesta a todas las formas de desacralización: ¡he ahí un puerto de buen refugio!

* * *

Entretanto, ¡cuánta duda y cuánta aflicción! ¡Aflicción y duda en todas partes, por todos los caminos! Porque si a lo estrictamente humano venimos, ¿a dónde podríamos dirigirnos que no fuese para topar con situaciones de alarma y de angustias? Creo que no hay exageración en ver al hombre de hoy circundado de enigmas. Y lo grave del caso es que a los responsables de la cosa pública les acontece lo que me parece que les sucede, según he dicho antes, a los guías o curadores de almas; tan abrumados se hallan ellos mismos, y en tanta confusión respecto de lo que mejor conviene a la salud de los pueblos que, lejos de infundir calma y confianza a las respectivas comunidades nacionales, dan la impresión de estar muy necesitados de ayuda y de compañía para vencer sus propias pesadumbres.

* * *

Enigma en Vietnam; porque más allá de los discursos, arengas, glosas, declaraciones que sobre el mundo vienen cayendo a diario como un bombardeo, ¿dónde está la verdad, dónde la razón y cuál es la línea divisoria entre la justicia y la hipocresía?

Washington y Hanoi anuncian su horror a la guerra y sus deseos de paz. ¿Por qué, entonces, no conciertan sus voluntades? ¿Por qué se atormentan mutuamente, sin piedad? ¿Por qué permiten que prevalezca el odio? ¿Qué se esconde detrás de las gigantescas devastaciones producidas por los aviones norteamericanos en Vietnam

del Norte. ¿Qué se oculta al otro lado de los humanitarios enternecimientos norvietnamitas, y de sus asaltos guerrilleros, de sus cohetes, de sus voladuras de polvorines y de los martirios que imponen a las poblaciones del Sur? El mundo no lo sabe; todo se vuelve palabras, palabras, palabras...

* * *

Enigma es la suerte que corren y la que amenaza correr las tierras del Oriente Medio: las del nacimiento del Dios de paz; y también las de su pasión y muerte en la Cruz. Es difícil discernir quién pronuncia con más energía y con mayor emoción la palabra «paz». ¿La señora Golda Meir? ¿El presidente Anuar el Sadat? ¿El rey Hussein? ¿Los maronitas del Líbano? ¿Los revolucionarios de Siria? ¿Los generales de la Inmortal Mesopotamia? Todos; cada uno en su lengua y en su especial plegaria; unos ante Yaveh; otros ante Alá el misericordioso; éstos ante el Gran Arquitecto; aquéllos adorando al Niño de Belén, Luz de Luz, Dios de Dios; y cantándole himnos de alabanza. Pero en lo alto arden cielos de guerra, poblados de pájaros mortíferos. Por supuesto; Nixon y Breznev se unen a los coros de Jerusalén, de El Cairo, de Bagdad y de la maravillosa Damasco; sin embargo, cada hora que transcurre trae nuevas cargas de cainismo y de venganza. ¿Qué mortal ficción corroe al mundo mientras pasan y vuelven a pasar en procesión aquellos que se nos presentan como profetas y apóstoles de la hermandad? Del atormentado pueblo palestino, ¿quién se va acordando ya?

* * *

Enigma de desesperaciones y de crímenes en Irlanda del Norte; en Pakistán, y en Bangla Desh; en la India misteriosa; en la China indescifrable; en Mongolia, la de las terribles fronteras; en ambas Alemanias, que anhelando ser una sola, aceptan ser dos, porque el patriotismo alemán continúa siendo un peligro, y hay dioses devoradores, Molochs insaciables que aún exigen, en holocausto, el corazón de sus víctimas. No queda otro remedio que complacerles. Aún más; todos hemos de asistir al sacrificio y aplaudir fervorosos.

* * *

Enigma de enigmas es el destino del fabuloso crisol conocido por el nombre de Estados Unidos

de América del Norte; con sus negros y sus blancos, su ensayo de ilimitadas libertades miríficas, de exaltación del hombre hasta la cumbre más alta de los derechos, aunque en la marcha ascendente se pierda y casi se borre la línea de las humanas obligaciones. ¿Qué mundo irá a nacer de la incalculable prueba norteamericana? ¿Qué sentido de la familia, del poder, de la virtud y del pecado, de los fueros y jurisdicciones nacionales e internacionales, de la calidad de vida, engendrará ese pueblo, admirable muchas veces, desconcertante casi siempre?

* * *

Enigma el Japón de 1972 y de 1973, en marcha resuelta hacia yo no sé qué formas de poderío. Preguntad a un chino, a un coreano, a un filipino, a un malayo, a un indonesio, a un hombre de Rangún: «¿Qué piensa usted del nuevo Japón?» Veréis cómo la contestación es amable, y hasta risueña, pero si observáis atentamente, acabaréis sorprendiendo entre las amabilidades y las sonrisas un punto de estremecimiento; de miedo.

La China revolucionaria, ¿hasta dónde llevará su revolución?

La Rusia soviética, que aspira, sin duda, a ser la primerísima potencia militar del mundo, no pierde ocasión de hacer melindres pacifistas, a fin de que nadie se asuste, ¿qué planes guarda en su mente y en su corazón para servir ensueños de imperial y universal dominios?

La Humanidad de nuestros nietos, ¿será inevitablemente comunista?

* * *

Hay otros enigmas que llamaremos menores. Por ejemplo, éste: ¿cuáles serán las formas de vida liberal que ha de ir adoptando la sociedad británica, y en qué medida creará, inventará normas y modos políticos adecuados a las exigencias de los tiempos?

O este otro: la Francia de 1973 se dispone a cerrar una época —la del general de Gaulle, indiscutiblemente grande y genial— y a iniciar otra. Hay quienes aseguran que nos aguardan políticos franceses más aventurados, enamoradas de cambios importantes y, en suma, revolucionarios. Los franceses hablan y escriben mucho acerca de las elecciones legislativas anunciadas para la prima-

vera próxima. Hay un Frente Popular de por medio. Y cree en la victoria. No lo sé. No lo sabe nadie. El triunfo del Frente Popular no sería, en todo caso, un acontecimiento reservado exclusivamente para nuestros vecinos. Ejercería una influencia señalada en buena parte de Europa. Y, seguramente, intentaría ejercerla en España.

* * *

Así podría apuntar otras situaciones, mayores o menores, que tengo por enigmáticas. Están preparadas y desplegadas para irrumpir sobre el tiempo venidero como irrumpieron las plagas bíblicas sobre los pueblos o las tribus de la idolatría y de la sensualidad corrompida.

He aquí otro enigma: el del sexo imponiendo una ley tiránica, igual que si en él estuvieran resumidos los supremos títulos de la autoridad. ¿Qué buscan ciertas juventudes de hoy con unas libertades sexuales que no son, que no pueden ser sino impudicia, inmundicia y degradación de la condición del hombre y de la mujer? Parece imposible que la exaltación de la sexualidad no esté destinada y encaminada hacia otros fines. ¿Quién puso en marcha esta aberración de nuestros días? ¿Cómo las puso? ¿Para qué? ¿A quién aprovecharán?

Ahora mismo se discute en Francia acerca de una profesora de filosofía que en la ciudad de Belfort ha explicado a sus alumnas el arte y las artes del amor carnal. Trátase de saber si una muchacha de 18 años, normal y honesta, puede asistir a las clases teóricas de la profesora Mercier. Aún quedan gentes que no han cancelado su capacidad para escandalizarse. He aquí lo que escribe un comentarista tan distinguido como es Pierre Viansson-Ponté:

«Una señorita de 18 años se halla, evidentemente en peligro moral si su profesora de filosofía comenta ante ella el folleto del doctor Carpenter titulado "Aprendamos a hacer el amor". Pero la misma señorita tiene la edad requerida para ir, cuando le plazca, a ver la película de Bertolucci, "El último tango en París". Ahora bien: entre la lección teórica del folleto, fríamente clínica o tristemente técnica, a pesar de que lleva una onza de malicia, y los trabajos prácticos de la película, de un impudor increíble, de una brutalidad física que corta la respiración, hay un mundo. De un lado, una explicación pesada, poco atrayente en su pedantería, que no parece la más indicada para trastornar a una adolescente; del otro, una invitación nada disimulada, e ilustrada —¡y en qué medida!— a dar rienda suelta a todos sus instintos.»

La pornografía, la lujuria más primaria y elemental, las preocupaciones sexuales invadiéndolo todo; he aquí otro de los interrogantes ante el hombre de hoy.

* * *

Si alguien, tras la debida reflexión, entiende que existen motivos humanos para asegurar un año 1973 tan feliz como nos lo deseamos mutuamente en las saluciones y en las cenas de Pascuas y de la noche de San Silvestre, yo le agradecería que me los dijese; porque, optimista como he sido siempre, quisiera continuar siéndolo y guardar fidelidad a mis esperanzas, sin capitular un momento ante las amenazas y los estrépitos que mueven los creadores de desolaciones.

En última instancia, nos quedará el consuelo de poder exclamar: «¡A la paz de Dios!» Es decir, nos quedará la oración.

Los derechos del hombre según la iglesia

JUAN MANUEL IGARTUA, S.J.

Hoy son de suma actualidad los derechos del hombre. Desde que la Asamblea de las Naciones Unidas, conocida por sus siglas ONU (UNO en las siglas inglesas de origen), promulgó su célebre *Declaración sobre los Derechos del Hombre*, el 10 de diciembre de 1948, ha cobrado un creciente relieve tal promulgación, que día a día parece irse abriendo camino en las conciencias de los hombres; aunque, como lo vemos todavía ahora en 1977, el mundo está lleno de violaciones de tales derechos, que en Helsinki quedaron convertidos en pacto internacional.

La proclamación de los derechos del hombre arranca de más lejos, del tiempo de la Revolución francesa en cuanto a un cierto estatuto civil. Pero de mucho más lejos en cuanto a su verdadero valor humano. En realidad, la primera proclamación de los derechos humanos positiva fue, aunque no única en su género en el conjunto de las civilizaciones, la declaración y promulgación del Decálogo en el Sinaí. Las prohibiciones en él contenidas, desde el cuarto al décimo mandamiento, protegían legítimos derechos humanos en la convivencia social, que de este modo quedaban proclamados. Era, en fin, un nuevo eco exterior de aquella ley natural impresa en el corazón de los hombres desde la creación, que proclama en su interior la conciencia.

La Iglesia, en las actuales condiciones del mundo, no podía menos de considerar un deber suyo levantar su voz para defender los verdaderos derechos humanos, contenidos, al menos implícitamente, en la ley natural y divino-positiva. Por eso, comenzó a apuntar de modo más explícito tal concepto en espera de la formación de su catálogo, desde Pío XII particularmente. Fue Juan XXIII quien en su encíclica *Pacem in Terris* incluyó un catálogo de derechos y deberes humanos. No siempre coincide el punto de vista de la Iglesia exactamente con la ONU. Al menos muchas veces ha de matizarlo. Y en cuestiones de matrimonio, de libertad de expresión y otros, tiene que diferenciarse.

Nos ha parecido que sería útil reunir, tras los

puntos de la ONU, propuestos no en su orden primigenio, sino en una serie de capítulos que agrupan más los temas, los puntos de vista de la Iglesia, que tienen para el católico un valor de magisterio. Juan XXIII en la *Pacem in Terris*, el Vaticano II en varios de sus Decretos o Constituciones y Declaraciones, Pablo VI en algunos documentos suyos en que se tocan los derechos humanos, particularmente su Carta a la ONU en el XXV aniversario de estos derechos (1973), así como otros documentos de estos Pontífices o de los anteriores, servirán para ilustrar la serie de Derechos.

Un comentario nuestro procurará explicar el punto de vista católico.

I — Principios fundamentales de los derechos humanos

Declaración de la ONU (10 diciembre 1948).

«Art. 1.º Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y en derechos. Están dotados de razón y de conciencia, y deben obrar los unos para con los otros con espíritu de fraternidad.

Art. 2.º Cualquier persona puede prevalerse de todos los derechos y libertades proclamados en la presente Declaración, sin distinción de raza, color, sexo, lengua, religión, opinión política o de otra especie, origen nacional o social, fortuna, nacimiento o de otra clase. No se hará, además, ninguna distinción fundada en el estatuto político, administrativo o internacional del país o territorio de cuya jurisdicción dependa la persona, ya sea independiente este territorio o país, ya esté bajo tutela, no sea autónomo o se encuentre sometido a cualquier limitación de soberanía.»

Pacem in Terris (11 abril 1963).

«N.º 9. En toda humana convivencia bien organizada y fecunda hay que colocar como

fundamento el principio de que todo ser humano es persona, es decir, una naturaleza dotada de inteligencia y de voluntad libre, y que por tanto de esa misma naturaleza directamente nacen al mismo tiempo derechos y deberes, que al ser universales e inviolables son también absolutamente inalienables.

N.º 10. Si consideramos la dignidad de la persona humana a la luz de las verdades reveladas, necesariamente la hemos de estimar en mayor grado aún, ya que los hombres han sido redimidos con la sangre de Jesucristo, hechos hijos y amigos de Dios por la gracia sobrenatural, y herederos de la gloria eterna.»

Carta de Pablo VI en el XXV aniversario (10 diciembre 1973; cf. Ecclesia, 6 enero 1974).

«Los derechos del hombre se fundan en la dignidad reconocida de todos los seres humanos, en su igualdad y fraternidad. El deber de respetar estos derechos tiene carácter universal.»

Comentario

«Creyentes y no creyentes concuerdan en este parecer, de que todas las cosas que hay en la tierra deben ser ordenadas al hombre como a su centro y su cumbre.» Estas palabras de la *Gaudium et Spes* en el Vaticano II proponen el acuerdo general sobre este punto: el hombre es el centro de la ordenación terrena. Según los creyentes todo está ordenado al hombre para que de ello se sirva en su vida terrena, mientras peregrina hacia la eterna. Según los increyentes, no hay nada superior a la propia dignidad humana, y todo lo de la tierra, en la evolución del mundo, por serle inferior le está sometido, o puede disponer de ello, sin que nada obste a este uso sino el derecho de otros.

En la base de la declaración de la ONU late el célebre principio triádico proclamado por la Revolución francesa: «Libertad, igualdad, fraternidad». Por eso proclama a los hombres como seres *libres e iguales* en cuanto a dignidad y derechos, recordando que deben obrar unos con otros con *fraternidad*. Se ha de reconocer que estos tres conceptos son verdaderos y básicos para la concepción natural del hombre, aunque están expresados en formulación naturalista, que puede ser ambigua.

Juan XXIII en la *Pacem in Terris* reduce el principio básico al hecho de ser el hombre *persona*. Persona es toda naturaleza con inteligencia y *libertad* derivada de la naturaleza inteligente. La persona es sujeto de derechos y deberes. Estos derechos y deberes, ambos conjuntos, nacen *directamente* de la naturaleza humana, es decir, de su cualidad espiritual racional y libre. Como todos los hombres tienen una misma o igual naturaleza en estas cualidades, al menos potencialmente (pues los niños y los amentes las tienen disminuidas en el ejercicio), quiere decir que todos los hombres son *iguales* en cuanto a derechos y deberes en lo esencial. Las diferencias serán accidentales, respecto al ejercicio de los derechos y deberes, o respecto a su cualificación.

Tenemos, pues, en Juan XXIII y su Encíclica señalados dos de los puntos de la tríada citada (la libertad y la igualdad). Pero se puede notar que el planteamiento de la libertad se establece tras considerar la naturaleza inteligente del hombre. Y en cuanto a la igualdad, es una clara deducción de lo establecido para la naturaleza igual en todos. Cesa así la ambigüedad posible en la definición de la ONU, donde no se especifica si la libertad es una libertad absoluta, o sea también respecto a Dios, cosa que no cabe en la concepción católica de la Encíclica, pues el número 3, anteriormente ha establecido claramente la existencia de Dios Creador del hombre: «Ha creado Dios también al hombre, inteligente y libre a imagen suya, constituyéndole como Señor de todas las cosas». (N.º 3). Y establece, contra el error de querer regular las relaciones humanas por leyes iguales a las de la naturaleza irracional, que «las leyes que regulan las relaciones humanas han de buscarse donde Dios las ha dejado escritas, esto es, en la naturaleza del hombre». (N.º 6.)

Pero además en los mismos textos que hemos transcrito arriba en los fundamentos, el N.º 10 explica y perfecciona el concepto católico de *la fraternidad*, que queda sublimada respecto de la simple naturaleza por la Redención de Cristo. Somos hermanos, pero de filiación más alta. «A la luz de las verdades reveladas —dice Juan XXIII— necesariamente hemos de estimar la dignidad de la persona humana en mayor grado»; y la razón clara de esta concepción más elevada es que «hemos sido redimidos por la Sangre de Jesucristo», y así «hemos sido hechos hijos y amigos de Dios por la gracia sobrenatural, y herederos de la gloria eterna». No se menciona la palabra «hermanos»,

pero ésta nueva, *fraternidad*, que no destruye la natural de la especie humana, sino que la eleva, se halla incluido al decir que somos «hijos de Dios», o sea de la misma familia divina como hermanos, que podemos todos llamar a Dios «Padre nuestro».

En la Carta de Pablo VI a la ONU se indica en el párrafo transcrito también el fundamento más aproximadamente a la manera del texto de la ONU, ya que a ella se dirige: «Los derechos del hombre se fundan en la dignidad reconocida de todos los seres humanos», dignidad que es claro proviene de su condición de personas y seres *libres*, aunque no se especifica. Además de en esta dignidad, se fundan «en su *igualdad y fraternidad*».

Creemos, pues, que queda clara la concepción católica y los matices de perfección que aporta sobre la de la ONU. Ambos se basan y han de basarse en la naturaleza del hombre. Pero la concepción católica reconoce al hombre como criatura de Dios, y la ONU prescinde de este aspecto fundamental en la definición, sin que por eso lo niegue ni lo afirme. La católica añade claramente, porque es la razón de ser de la misma Iglesia, la elevación al orden sobrenatural, que hace a los hombres mucho más profundamente hermanos todavía. Como dice Pablo VI en su Carta a la ONU en otro pasaje: «La Santa Sede y las Naciones Unidas se encuentran aunadas —*aunque en planos diferentes y con distintos medios*— en un esfuerzo común para proteger y defender la libertad y la dignidad de todos los hombres».

Resulta de interés finalmente, respecto de este fundamento de los derechos humanos, el carácter de universalidad que se destaca en el mismo. Lo señala Pablo VI, al decir: «El deber de respetar estos derechos tiene carácter *universal*. «También Juan XXIII declara su carácter de ser «universales e inviolables», es decir, son universales porque son de todos, y son inviolables porque a todos obligan a respetarlos. En cuanto a la ONU, lo que ampliamente destaca en este punto de la universalidad es su carácter plenario, advirtiendo y declarando que «cualquier persona (todo hombre) puede prevalerse de todos estos derechos» proclamados en la Carta de la ONU sobre los derechos humanos, y particulariza los casos diversos que pueden oponerse a esta plena universalidad, excluyendo la legitimidad de toda distinción basada «en la raza, el color, el sexo, la lengua, la religión, la opinión política o de otra especie (mientras sea

solamente opinión no expresada, se entiende o no llevada a consecuencias), ni al origen nacional, o el social, o el de fortuna, o el de nacimiento». Claramente se proclama así la igualdad universal del derecho humano natural, ante el cual, en los puntos esenciales no puede haber sino personas, y no precisamente diferencia de blancos o africanos, ricos o pobres, altos o bajos. Todos son iguales, y lo demuestra la muerte que iguala las vidas: «Con el mismo pie llama a las chozas de los pobres o a los palacios de los poderosos...», dijo ya antiguamente el poeta latino Horacio. Si en la muerte son iguales, también en los derechos esenciales, porque se fundan en una misma clase de vida, que en todos acaba del mismo modo. La diferencia con los animales, que también mueren lo mismo, consiste en que los hombres tienen espíritus racionales y libres. Pero éstos los tienen ricos y pobres, hombres y mujeres, europeos y africanos.

Añade la ONU que si el derecho natural esencial es el mismo para todos, esto no puede ser modificado por las leyes positivas en cuanto a lo esencial: «No se hará, en cuanto a estos derechos, ninguna distinción basada en el estatuto político, administrativo o internacional del país o territorio» a que pertenece la persona. Lo mismo da que el territorio sea independiente o dependiente, autónomo o con soberanía limitada. Porque en todos ellos los hombres y mujeres tienen los mismos derechos de naturaleza, que no puede abolir la ley positiva.

Señalemos finalmente una palabra de particular interés que se halla en el texto de Juan XXIII, el cual declara que estos derechos «al ser universales e inviolables son también absolutamente *inalienables*». Es claro que lo que quiere decirse en primer lugar que nadie puede alienar los derechos ajenos, y en tal sentido son inalienables. Pero aún más, en cuanto a muchos de tales derechos son absolutamente «inalienables» o irrenunciables aun para el mismo sujeto, como por ejemplo el derecho de la vida. Pero hay otros, en esto secundarios, como el derecho de propiedad, al cual puede el sujeto por más altos motivos renunciar, como se hace por ejemplo en la religión por ofrenda a Dios consagrada con voto por los religiosos.

Queda, pues, claramente establecido que la persona libre, por naturaleza y ser racional, es el fundamento de derechos en igualdad dentro de la fraternidad, y que son universales para todos los hombres sin discriminación accidental posible en

ellos. Esto crea en todos los demás la obligación de respetar el derecho de cada uno, y así hay relación interpersonal de correlación de derechos de cada uno con los deberes de todos los demás hacia sus derechos.

Nota al Fundamento de los Derechos humanos

El Concilio Vaticano II, aunque no ha propuesto una explícita y formal doctrina sobre los derechos humanos, sí ha diseminado en sus documentos algunas declaraciones que tocan a los mismos. Para mejor ilustración de lo dicho en este primer punto del fundamento de los derechos humanos, transcribimos aquí simplemente los principales (no todos) puntos del Concilio, que pueden referirse a este primer punto.

«La Iglesia proclama los derechos del hombre, y reconoce y estima en mucho el dinamismo de la época actual, que está promoviendo por todas partes estos derechos» (*Iglesia en el Mundo*, 65, n. 41).

La igualdad fundamental entre todos los

hombres exige un reconocimiento cada vez mayor. Porque todos ellos, dotados de alma racional y creados a imagen de Dios, tienen la misma naturaleza y el mismo origen. Y porque, redimidos por Cristo, disfrutaban de la misma vocación y de idéntico destino.

Es evidente que no todos los hombres son iguales en lo que toca a la capacidad física y a las cualidades intelectuales y morales. Sin embargo, toda forma de discriminación en los derechos fundamentales de la persona... por motivos de sexo, raza, color, condición social, lengua o religión, debe ser vencida y eliminada, por ser contraria al plan divino» (GS, n. 29).

Como puede verse estos principios que proclama el Vaticano II coinciden con los documentos pontificios antes señalados, y de ellos también se deduce que el fundamento de los derechos humanos es *la persona del hombre*, por ser éste un ser intelectual y libre, y que todos los hombres son *iguales* en los derechos humanos, por lo que no debe hacerse discriminación por motivos accidentales entre los hombres, en lo que toca a tales derechos fundamentales.

SERVIDUMBRE Y REBELION

«Y lo más lamentable es que, quitando la libertad a los pueblos, la revolución los vuelve casi incapaces de que la recobren y gocen de nuevo de ella. Nada enerva tanto a una nación como el hábito de no moverse más que bajo los impulsos del poder. Como un cuerpo vigoroso, cuyos miembros han estado ligados largo tiempo, recobra difícilmente su agilidad y su fuerza, así una sociedad que ha perdido su autonomía, pronto deja de desearla y se acostumbra a ver en ella más bien una carga que un privilegio. Del poder espera la satisfacción de todas sus necesidades; también sobre el poder hace recaer la responsabilidad de todos sus sufrimientos. De ahí resulta que cuanto servidumbre pone en su dependencia, tanto se presta a la rebelión; cuanto incapacidad siente para tolerar la libertad, tanta inclinación experimenta para la anarquía.»

(Enrique Ramière, «Las esperanzas de la Iglesia», pág. 134.)

EN DEFENSA DE LA VIRGINIDAD DE MARIA

Ante una afirmación intolerable

Algunos socios de Schola Cordis Iesu, redactores de la revista CRISTIANDAD, reunidos en Javier en su convivencia anual, juntamente con amigos de Bilbao, San Sebastián, Pamplona y Madrid, firmaron la carta que a continuación publicamos, dirigida al Cardenal Arzobispo de Toledo, D. Marcelo González Martín.

La redacción de esta revista invita a sus lectores de España e Hispanoamérica a que expresen sus sentimientos de fe y devoción hacia María y a que rueguen, con filial vehemencia y firmeza, a sus Pastores a que den gloria a María e iluminen y defiendan la fe del pueblo cristiano. Al hacer eso, nuestra revista expresa también ante el Sr. Cardenal Arzobispo de Barcelona, D. Narciso Jubany Arnau, estos mismos sentimientos y deseos.

Aunque sabemos que en estos difíciles tiempos hay en algunos casos más desorientación que error, y que son complejas las dificultades con que se encuentran los Pastores de la Iglesia y los Superiores religiosos, y aunque a nadie juzgamos acerca de lo interior, **hacemos constar públicamente y con toda firmeza y claridad que no nos sentimos en comunión eclesiástica con aquellos que en verdad nieguen pertinazmente o pongan en duda la virginidad de María, Esposa del Espíritu Santo y Madre de Jesucristo Hijo de Dios, verdad que el Pueblo de Dios, desde su «sentido de la fe», recibe con fe divina y católica, por cuanto el Magisterio ordinario y universal de la Iglesia la propone para ser creída como divinamente revelada.**

Emmo. y Rvdmo. Dr. D. Marcelo González
Cardenal Arzobispo de Toledo y Primado de España
Toledo

Eminencia,

Schola Cordis Iesu, reunida en su convivencia anual, ha tenido noticia de que en la revista «Sal Terrae», diciembre 1977, aparece un artículo de José Ramón Scheffler, S. J., Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad de Deusto, que pone en duda y ataca claramente el dogma de la Virginidad de María, tan querido del pueblo cristiano y central en nuestra fe.

Pedimos urgentemente a V. Em. como a Primado de España y Arzobispo de Toledo, cuyo predecesor San Ildefonso fue defensor eximio de la Virginidad de María, que con su autoridad de Pastor de la Iglesia salga en defensa de esta gloria de la Virgen Madre de Dios, y nos ponemos a su disposición para actuar en el caso.

Solicitamos del celo de V. Eminencia una palabra que nos aliente, que exponga ante el pueblo español la verdad católica en su esplendor, y a la vez que interponga su autoridad para que se repare públicamente el escándalo dado al pueblo católico español.

Los fieles de España tenemos derecho a que nuestra fe y amor a María no sean agredidos desde el sacerdocio.

No dudando de la respuesta de V. Em., le quedamos sumamente agradecidos.

